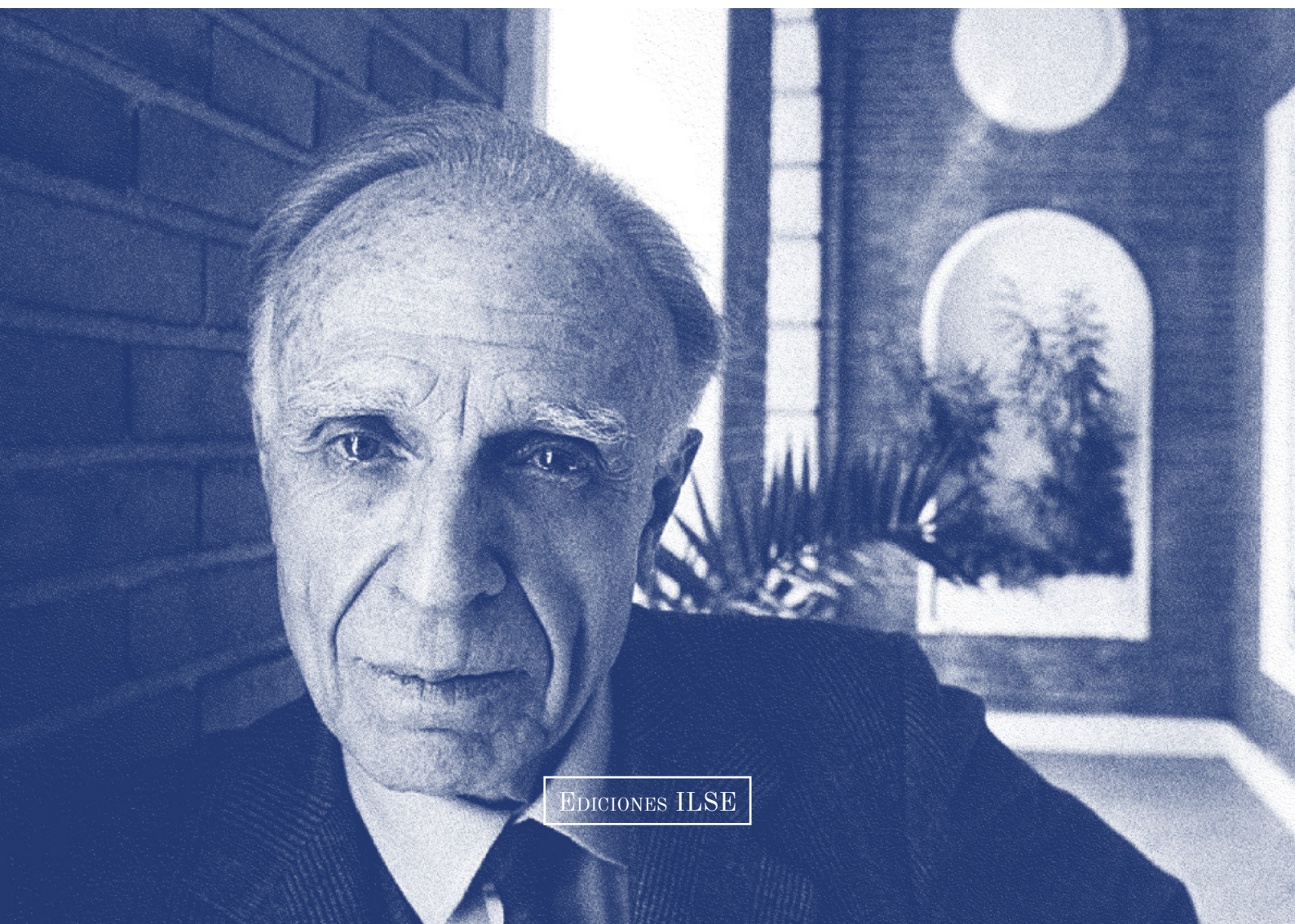


PREMIO

Adolfo
BIOY CASARES

2020



EDICIONES ILSE

INSTITUTO LIBRE DE SEGUNDA ENSEÑANZA

*El ILSE fue creado el 16 de mayo 1892.
Es un colegio preuniversitario, bajo la supervisión
académica de la Universidad de Buenos Aires.*

*Se propone una formación integral para sus
estudiantes bajo dos pilares: la excelencia académica
y una convivencia armónica.*

~

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Prof. Dr. Alberto Edgardo Barbieri

PRESIDENTE DEL CONSEJO SUPERIOR DEL ILSE

Prof. Dr. César Humberto Albornoz

~

AUTORIDADES DEL ILSE

RECTOR

Prof. Dr. Roald César Devetac

VICERRECTORA DEL TURNO MAÑANA

Dra. Liliana María Pazo

VICERRECTORA DEL TURNO TARDE

Lic. María Sara Frutos

~

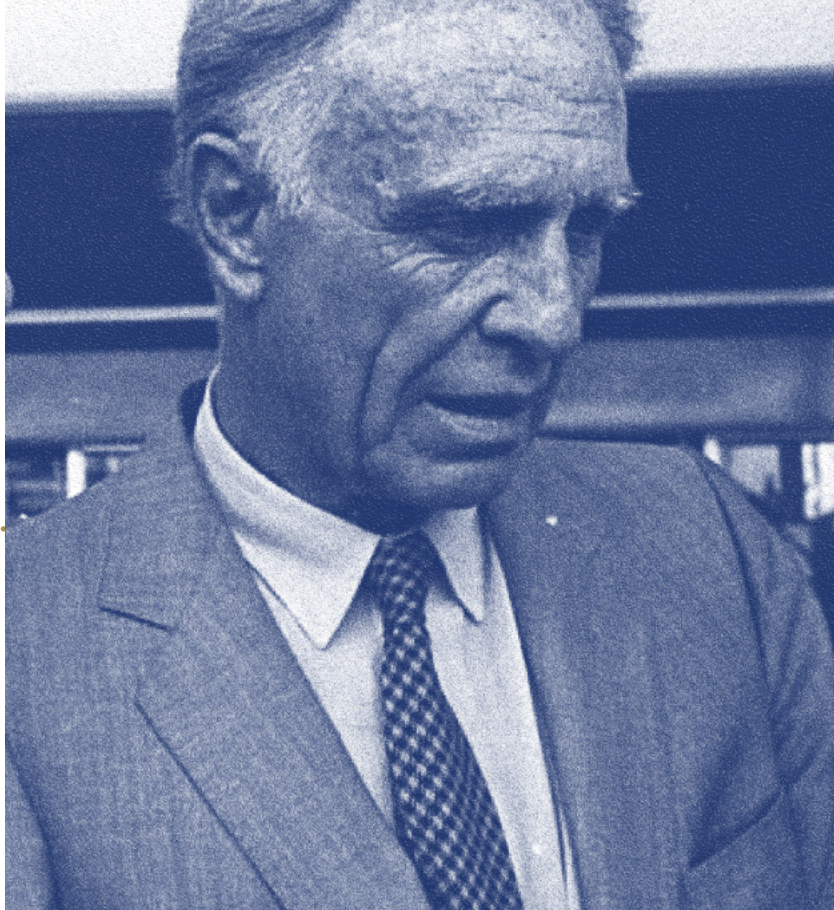
ISBN 978-987-47033-1-6

Instituto Libre de Segunda Enseñanza
Premio Adolfo Bioy Casares 2020 / dirigido por Roald Devetac.
Primera edición - Buenos Aires - Ediciones ILSE, 2020.
Libro digital, PDF - Archivo Digital: descarga
1. Premios. 2. Literatura. I. Devetac, Roald, dir. II.
Título. CDD 807.9

DISEÑO GRÁFICO

J. Marcos Carbone
@carbonejuanm

PRÓLOGO



En mi carácter de Rector del ILSE, tengo el gusto de poner en circulación esta primera publicación virtual de Ediciones ILSE.

Lo hago con la seguridad de estar brindando una posibilidad de expresión a jóvenes estudiantes secundarios que este año 2020 han debido por primera vez, y es mi deseo que sea por única vez, transitar la no presencialidad en la escuela. Estos testimonios ponen a la vista de los lectores reflexiones inteligentes y bien escritas de un grupo de jóvenes de todo el país, que exponen su preocupación por la educación, desnudando y poniendo en juego sus propias emociones y sensaciones de este excepcional momento histórico.

La existencia de la escuela importa. Podríamos aceptar la idea que durante este particular año 2020, los edificios escolares y las acciones que en ellos se desarrollan han estado en suspenso, pero deseamos asegurar que los tiempos y los espacios subjetivos de cada uno de los actores que formamos parte de las comunidades educativas han seguido en pie. Seguimos vivos, activos, dando señales de supervivencia y de superación. No nos detuvimos, estamos en marcha, continuamos construyendo las trayectorias de nuestras escuelas y de cada uno de los sujetos que somos parte de ellas. Las producciones de los 43 estudiantes que han participado de este concurso dan cuenta de ello.

Este prólogo se justifica, en parte, por los agradecimientos que son necesarios realizar.

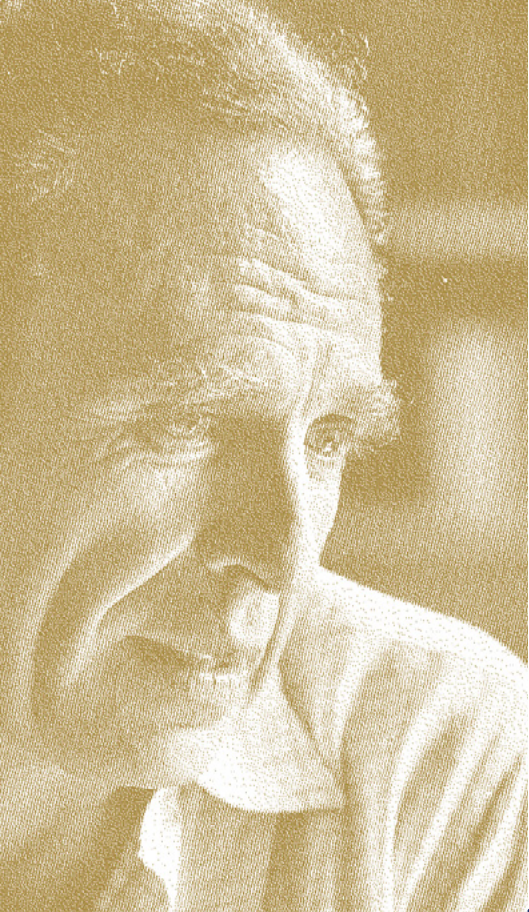
En primer lugar, a los 43 participantes que una vez más denotan que en nuestros jóvenes, y muy especialmente en los estudiantes de los colegios preuniversitarios, hay fuerzas, hay ganas de hacer, hay creatividad, hay pensamiento crítico, hay presencia, hay lucidez, hay entusiasmo, ... hay palabras por decir.

Por otro lado, a los directivos y docentes de los 13 colegios preuniversitarios que se comprometieron con el proyecto y la participación de sus estudiantes y al jurado de selección compuesto por actores de los distintos estamentos de la comunidad del ILSE por su ardua tarea de lectura y preselección

Por último, y de manera especial, al Jurado Finalista que ha prestigiado con su nombre y con su tarea este concurso y esta publicación.

Buenos Aires, 30 de octubre de 2020.

Prof. Dr. Roald Devetac
RECTOR



FUNDA— MENTACIÓN

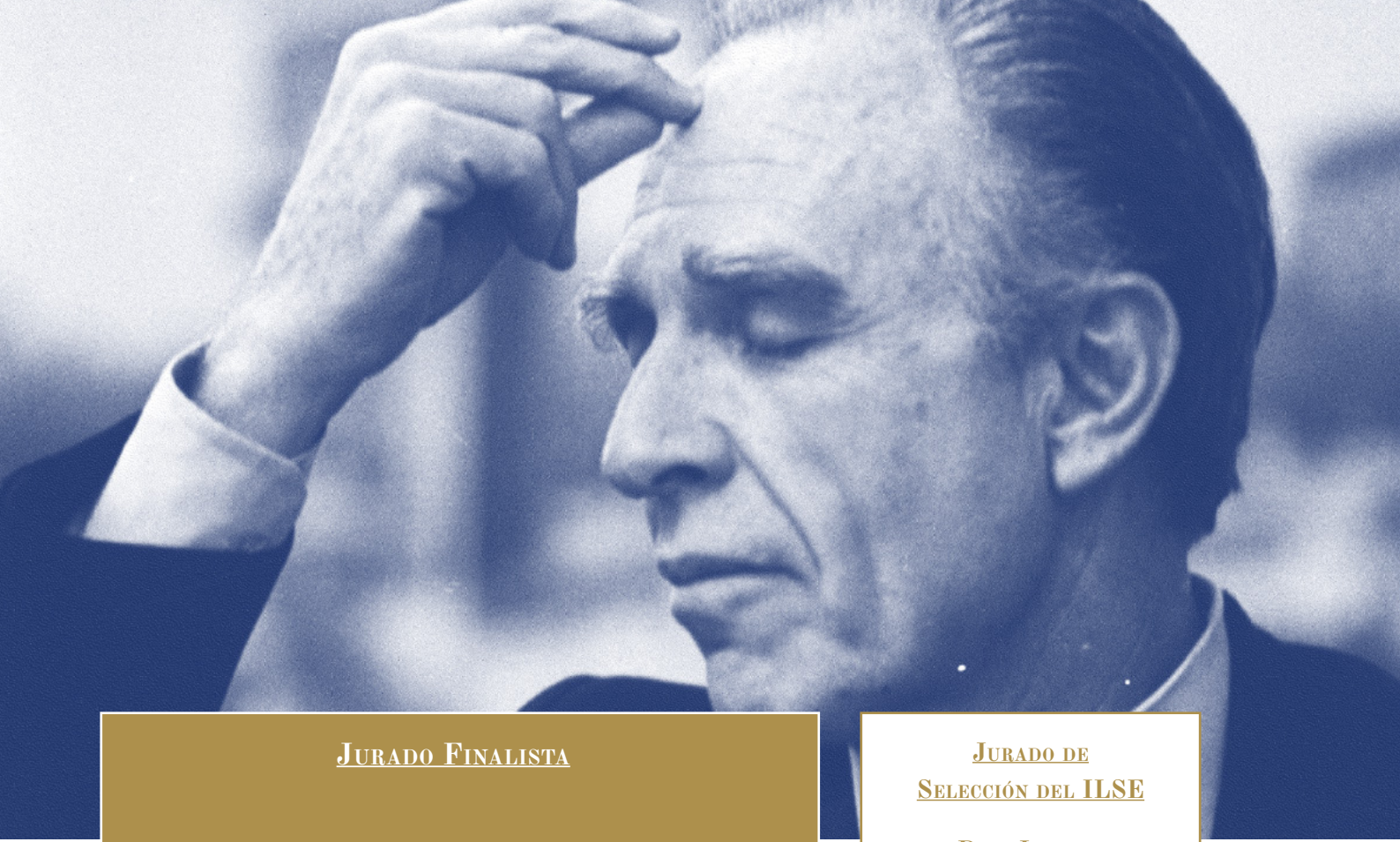
El ILSE en su trayectoria de 128 años ha visto pasar por sus aulas a personajes notables del mundo de la cultura, de la ciencia, de la política y de las letras. En esta oportunidad particular que nos toca vivir este año 2020, quisimos celebrar con un concurso literario al escritor argentino Adolfo Bioy Casares, ex alumno de nuestro colegio, quien supo con maestría dejarse atrapar por las grandes aventuras de la imaginación, pero desde una actitud metafísica, rigurosamente fiscalizada por la inteligencia. Bioy escapó de la realidad desde un territorio fantástico, pero con una arquitectura alejada de lo intuitivo que le permitió exponer sus pensamientos sobre el hombre y la inmortalidad mientras lograba nuestra espontánea aceptación de las reglas de un juego al que, además, olvidamos que estamos jugando.

En época de pandemia, necesitamos esencialmente apuntarnos y sostenernos en la imaginación y la reflexión crítica como capacidades singulares y sublimes del hombre. Con esta finalidad los hemos invitado a participar de un concurso que busca rendir homenaje a estas dos capacidades que nos definen como “animales simbólicos”, es decir como seres que piensan y que tienen la posibilidad de habitar espacios y tiempos infinitos que solo conocen los límites de la imaginación.

Nuestra propuesta fue presentar dos categorías contextualizadas en la realidad particular de aislamiento provocada por el coronavirus. Una de ellas tuvo como meta la escritura de *ensayos literarios* que permitieran poner en juego las herramientas argumentativas para plasmar pensamientos reflexivos y contextualizados. La otra categoría buscó celebrar la imaginación a partir de la escritura de *reseñas literarias* que presentaran obras de ficción aún no existentes, pero que podemos imaginar y darles efecto de realidad a través de la escritura de reseñas que las publiciten.

La lectura y la escritura literaria siempre serán las mejores vías de escape cuando la realidad parezca asfixiarnos. Ellas sabrán seducirnos la mente y el corazón con poesía y nos protegerán como una muralla de cristal que nos permita encontrar nuestro botín secreto para colmarnos de una serena e inigualable alegría.

—
Dra. Liliana Pazo



JURADO FINALISTA

DR. GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY

*Presidente de la Academia
Nacional de Educación*

*Ex Rector de la
Universidad de Buenos Aires*

DRA. ELENA DEL CARMEN PEREZ

Dra. en Ciencias del Lenguaje

*Decana de la Facultad de
Letras de la Universidad
Nacional de Córdoba*

LIC. ALEJANDRO KATZ

*Lic. en Lengua y Literatura
— UNAM —*

Ensayista, Director editorial

**JURADO DE
SELECCIÓN DEL ILSE**

**DRA. LILIANA
MARÍA PAZO**

Dra. en Letras

*Vicerrectora
Turno Mañana*

LIC. MARÍA

SARA FRUTOS

*Licenciada en Letras
Vicerrectora Turno Tarde*

LIC. BETTINA CAROM

Licenciada en Letras

*Ex. Profesora y
Vicerrectora*

LIC. ANAHÍ

CANO LAWRYNOWICZ

*Lic. en Letras
Actual Profesora
de Literatura*

DEBORA ROSTHEIN

*Ex alumna
y Estudiante de Letras*

JULIA PINTADO PRACK

Alumna

Premio
ADOLFO BIOY CASARES
2020

NÓMINA DE COLEGIOS Y ESTUDIANTES PARTICIPANTES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CATAMARCA

*Escuela Preuniversitaria
“Fray Mamerto Esquiú”*

Estanislao Palavecino
Carlos Jeremías Soto

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Colegio Nacional de Monserrat

Benjamín Robles
Ludmila Stoffel

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

Colegio Universitario Central

Paula Victoria Gómez
Nathalie Lilian Labeguere
María Emilia Mocayar Blanes

Departamento de Aplicación Docente

Brian León Caro
Frida Díaz
Guadalupe Escolar
Ana Gelblung
Sofía Zarate

Escuela de Comercio “Martín Zapata”

Thiago Fernández
Camila Gallo
Matías Martínez
Guadalupe Pellizoni
Evelin Sandoval
Giuliana Timpanaro

Liceo Agrícola y Enológico

Estefanía Brown
Rocío Abigail Delgadillo Castro
Aldana Abigail Nuñez Guillen
Juliana Belén Tetilla Le Donne
Camila Outeda

.....

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Colegio Nacional “Rafael Hernández”

Valentino Dalla Valle
Josías Emanuel Segovia

*Escuela de Agricultura y Ganadería Marita
Cruz y Manuel Inchausti*

Tomás Suárez

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN

*Escuela de Comercio
Libertador General San Martín*

Candela Aguilera
Paula Navarro
Ana Nollen
Pía Sesma
Valentina Toro
Magdalena Yunes

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR

Escuela Normal Superior Vicente Fatone

Catharina Recabeitia

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Colegio Nacional de Buenos Aires

Jazmín Fabeiro
Santiago Lavergne
Felipe Müller
María Valentina Peirone

*Esc. de Educac. Técnico Profesional
en Producción Agropecuaria y
Agroalimentaria*

Candelaria Cerasuolo
Lucía Romani

Instituto Libre de Segunda Enseñanza (ILSE)

Laura Melisa Fornari
Tatiana Kabacoff
Maurina Lombardi
Sofía Provisionato

ADVERTENCIA IMPORTANTE:

Se deja constancia de que los textos de los estudiantes premiados se han transcritos sin ningún tipo de corrección (ortográfica, sintáctica...). En el accionar de ambos jurados se han valorado los contenidos expresados por los estudiantes, si bien se pueden haber señalado posibles errores. Pero como esta publicación se da a conocer en el mismo momento de entregar los premios no existe la posibilidad temporal de efectuar dichas correcciones.

RESEÑAS LITERARIAS

SELECCIONADOS

Adolfo
BIOY CASARES
2020





CERTERA INCERTIDUMBRE EN TIEMPOS DE PANDEMIA

SOFÍA PROVISIONATO

Instituto Libre de Segunda Enseñanza (UBA)

Grimaldi, R., (2020), *Certeza impredecible*, Buenos Aires Argentina, Editorial Aviones de Papel.

Desde su estreno el 16 de abril de este mismo año, esta fascinante novela de Romina Grimaldi ha generado diversas opiniones por parte de los críticos, la mayoría más que favorables. A partir de su primera novela *Más que solo palabras*, desde un principio ha logrado conquistar a varios lectores, principalmente de la edad adulta. No obstante, este año surgió este repentino lanzamiento de su segunda novela *Certeza impredecible*, llegando incluso hasta lectores más jóvenes. Durante su cuarentena, la escritora ha logrado inspirarse a partir de las emociones que estaban transitando sus dos hijos adolescentes en el confinamiento, por lo que decidió basarse en cómo ellos se sentían con la situación y, poco a poco, fue surgiendo esta increíble novela.

Estructurada en veinticinco capítulos narrados en primera persona, varios de sus lectores se han visto reflejados en las palabras del narrador. Ante todo, ya la contradicción del título atrapa al instante al lector, ya que se muestra que hay cierta incoherencia que, al comenzar a leer, se lo termina interpretando como la desordenada conciencia de un adolescente, lo que hace a la obra muy creati-

va y original. A lo largo de los capítulos va a utilizarse este recurso que abarca tipos de adjetivos que demuestran aquella falta de sentido, como por ejemplo “luz oscura”.

En cada capítulo, el protagonista escribe en un viejo cuaderno todo lo que siente y piensa mientras se encuentra en cuarentena. Cada capítulo es una fecha distinta y, al leerlo, es como si el protagonista hablara con un viejo amigo al cual puede confiarle todo, y los lectores cumpliríamos ese rol, lo que colabora a que sintamos más empatía hacia él y entendamos su punto de vista de los aspectos que involucran a un típico adolescente, como por ejemplo la presión académica que aumenta debido a la virtualidad o las incoherencias emocionales que va sufriendo a lo largo del relato, lo que claramente se debe al aislamiento, el pánico al futuro o la incertidumbre, entre otros factores.

Este libro ha dejado mucho que pensar, lo cual claramente se debe a este contexto actual de pandemia que el ser humano ha estado atravesando durante estos meses. A partir de estos hechos tan peculiares y tan poco comunes, es increíble cómo se han publicado diferentes relatos relacionados al tema, historias con las que personas de distintas edades han podido sentirse identificadas. Sin embargo, a pesar de desarrollarse en un mismo contex-

to, en el caso de *Certeza impredecible* pueden analizarse y debatirse diferentes aspectos del mismo, relacionándolo no solo con las consecuencias del confinamiento, sino también con las vivencias características de un adolescente en etapa de desarrollo y cómo todo se vuelve más trágico con el decreto de la cuarentena, o con las diferencias entre cómo manejan los adultos y los jóvenes esta situación tan particular. Durante la novela, el protagonista no habla solo de él mismo, sino que también se centra en personajes particulares que no pueden salir de su cabeza, como su mejor amigo, el papel de su madre o el de los distintos profesores de su escuela, algunos más comprensivos que otros. Por eso es muy interesante las distintas posturas que se presentan en esta fantástica novela, sobre si priorizar nuestra salud mental sobre el estudio en cuarentena, esa batalla constante entre lo académico y lo emocional. Es por ello que esta historia llega a conmover incluso a los adultos dado que ellos también pueden verse reflejados en los personajes de una forma u otra, logrando comprender tanto al narrador como al resto de los personajes secundarios.

Asimismo, a lo largo del relato también se puede notar cómo el narrador recurre a su cuaderno como si aquello fuera lo único que lo salvase de enlo-

quecer, ya que además de sentir una constante soledad acompañada por el estrés que le genera lo académico, se está descubriendo a sí mismo y no puede controlarlo. Es más que remarkable tanto el desarrollo de este personaje principal como la evolución de los otros personajes secundarios durante la historia. Además, el importante rol que comienza a tener este cuaderno como descarga y apoyo hacen del libro una impresionante mezcla de emociones, principalmente porque el hecho de estar narrado por un adolescente le da al texto una profundidad inexplicable, una profundidad que refleja sus inseguridades de la mejor manera.

Es por ello que otro de los méritos que cabe señalar es el papel de la autora en esta novela ya que, a pesar de estar narrada desde el punto de vista de un varón de dieciséis años, es destacable el gran trabajo que ha logrado la escritora al intentar ponerse en el lugar de sus propios hijos adolescentes, escribiendo con sus palabras y su vocabulario; con sus pensamientos que, aunque no se sepa con certeza qué tan lejos se encuentran de la verdadera realidad, han podido conmover a un público tanto adulto como adolescente. Es así como con las primeras frases ya nos sumergimos en las palabras del protagonista. La simpleza y esencia de su narración

es lo que vuelve a la obra más rica en contenido, y por lo tanto más recomendable.

Sin importar la edad que tengamos, este extraordinario libro nos hace capaces de conectar y empatizar instantáneamente no solo con los hechos que el personaje describe y siente, sino también con lo que caracteriza a estos chicos y chicas estudiantes en este año tan particular: la ansiedad generada por el colegio, el miedo al futuro o el no tener certezas sobre nada, dudas, la distancia que provoca nostalgia, la soledad, entre otras; pero sobre todo nos conectamos con su idioma y formas, con sus modos, con aquel lenguaje propio que los define como entidades jóvenes.



JULIETA

FELIPE MÜLLER

Colegio Nacional de Buenos Aires (UBA)

.....

Reseña de “Julietta”

Esta obra literaria que nos trae Mónica Bonafede en contexto de pandemia es simplemente reveladora. Su singular estilo para escribir y su habilidad para atraparte en sus redes lectoras hace que “Julietta” se destaque entre otras obras. Julieta Laros tiene 24 años y luego de recibirse con honores del profesorado, se anota en un concurso para obtener un puesto como docente en una escuela pública, ganándolo y obteniendo el puesto de maestra de 5to grado. Julieta está nerviosa porque es su primer año siendo maestra y también, tiene miedo sobre cómo la van a tratar sus alumnos. Ella es muy creativa, tiene un montón de ideas para crear en el aula y quiere compartir su gusto por la lectura. Pero, de la noche a la mañana, la situación da un giro inesperado a causa de una pandemia mundial que suspende las clases presenciales por un largo tiempo. Julieta tendrá un reto aún mayor del que le esperaba. Verá que sus alumnos tienen un nivel académico pobre y algunos de ellos viven en situaciones económicas y sociales dificultosas para llevar a cabo sus tareas. Esta profesora superará cualquier barrera y ayudará a sus alumnos de una manera desinteresada, hablándoles tanto desde su rol como maestra, como desde su costado humano.

La obra literaria está muy bien lograda y me llegó al corazón, emocionándome reiteradas veces. Las situaciones angustiantes que se relatan a lo largo de la trama, como un padre alcohólico que ignora a su hijo, o una alumna de bajos recursos, te hacen replantear tu posición en la escala social y valorar aún más tu vida. La conexión que tiene con una de sus alumnas es, a secas, hermosa. La pequeña de tan solo 10 años, tiene un don único para la escritura y lee muchos libros complejos para su edad. Pero, a causa de su gran familia (10 hermanos) tienen que ganarse el pan de cada día, vendiendo dulces en el subte. En consecuencia, la niña, Ludmila, no puede muchas veces, hacer las tareas a tiempo. Por lo que Julieta, conversa con ella por teléfono, enseñándole y alentándola a escribir. En el séptimo capítulo, encontré una frase de la niña hacia su maestra que me emocionó hasta las lágrimas: “profesora, estoy cansada, hoy no vendí nada. Lo único que no me pone triste es hablar con vos, mi mejor seño y amiga”.

También el libro nos enseña sobre la realidad de nuestro país y su pobre calidad educativa, mostrándonos a Julieta enojada todo el tiempo porque la plataforma donde sube las actividades y conversa con sus alumnos presenta fallas de conexión constantemente. El rela-

to tiene una narrativa tan completa que no lo dejarás de leer hasta terminarlo. Hay que agregar que su perspectiva sobre las dos caras de la moneda (lo bueno y lo malo), le da al lector un choque de realidad. Esto ocurre al conocer a los alumnos, algunos con facilidad para lograr lo propuesto por la profesora, pero otros con problemáticas que hacen que no puedan cumplir las actividades. Simplemente, impacta ver la comparación de los dos extremos. Los altibajos en la historia son atrapantes, como una montaña rusa.

Era de esperar que Monica Bonafede, que inició su carrera en las letras en 1998 con su libro “Malajunta”, desestabilice nuestros corazones una vez más con esta maravillosa entrega, como lo hizo con otros aclamados títulos. Ella, con 47 años, tiene su propia historia. Vivió en los suburbios de Lanús, con su madre y su abuelo. Su padre desapareció cuando ella sólo tenía 3 años. Una familia muy pobre que luchó por sobrevivir en un país subdesarrollado. Luego de recibirse en letras, gracias a sus trabajos aparte para mantener sus clases, sacó sus primeros libros con una editorial independiente. Su propia historia, escapando de la pobreza en busca de su sueño de ser escritora, nos da a entender cómo logra introducirnos en las vidas de los alumnos con situaciones especiales.



EL SER DE LA LITERATURA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

ALDANA ABIGAIL NUÑEZ GUILLEN

Liceo Agrícola y Enológico (UNCuyo)

“La tarde se tornó rojiza, las nubes cubrieron al sol para protegerlo, los niños salieron corriendo de la plaza para ir junto a su madre, las escuelas cerraron, los alumnos y docentes se refugiaron en sus casas...el enemigo venía en camino”

Una mañana, Adolfo, el profesor de literatura se decidió a escribir un cuento, iba rumbo a la casa de un gran amigo, Jorge, para charlar un poco y compartir las metáforas, las imágenes y las exquisitas etimologías que el nuevo relato le iba inspirando. Al pasar por un kiosco de revista le llama la atención que, en las portadas de los diarios, la palabra, Pandemia aparecía en casi todas ellas. Su espíritu acostumbrado a descomponer vocablos empezó a jugar con el griego y el Dios Pan y pensaba cómo iba a entusiasmar a sus alumnos de la Técnica N°2 con estos juegos del lenguaje. ÉL sabe porque lleva años haciendo estos rituales poéticos, sabe cómo atraparlos con la magia de las palabras. Él logra cada martes en la segunda hora, que viajen juntos a esos mundos inventados. Caminaba ensimismado en esos pensamientos, cuando de repente la tarde se tornó rojiza y el cielo se desplomó en una torrencial lluvia. Tuvo que refugiarse en una cafetería de la esquina, o al menos es lo que él creía... Al entrar, el espacio en el que es-

ta se tornó denso y asfixiante. El mundo se volvió un extraño lugar solitario y gris que luchaba contra algo que ni siquiera veía. Miedo a perderlo todo en un segundo, en un respiro sin oxígeno. Y ante todo esto, la soledad de un mundo detenido. Su mundo detenido, su escuela. Piensa en los destinos inesperados por todos, por sus alumnos. Entonces sabe, porque siempre lo ha sabido, que las palabras son refugio y seguirán construyendo mundos inventados, donde él irá cada martes a viajar con sus alumnos de la Técnica.

RESEÑA: La historia es narrada por la autora, Albil, nacida el 14 de julio de 1976 en Mendoza, Argentina, quien luego de publicar su obra “En la nada con mi yo” en 2018, decidió adentrarse un poco más al pensamiento humano y tratar de responder preguntas que actualmente las personas se hacen como ¿Por qué existen las enfermedades?, ¿Existe la cura para todas esas enfermedades?, ¿Es el hombre el ser más inteligente de todos?, ¿Podemos librar ese demonio que se nos mete dentro nuestro? ¿Podemos luchar, podemos ganarle? El cuento que reseñamos hoy: “El ser de la literatura en pandemia” es muy breve pero también increíblemente descriptivo. Pertenece a la editorial Zambay y fue publicado el 2 de septiembre de 2020.

En unas de las escenas; “el mundo se volvió un extraño lugar solitario y gris...” Albil quiso reflejar sus propios sentimientos frente a esta realidad inesperada, pues para la autora no fue nada fácil asimilar y sobrellevar todo lo que estaba sucediendo. Con esta narración la escritora muestra, no sólo al mundo en pandemia, sino también al docente y los alumnos en esta situación difícil, esto se puede ver claramente al escoger los personajes de esta fabulosa narración. El personaje principal, el profesor, deberá luchar contra un mundo que ha cambiado totalmente, pero no está sólo, tiene a la literatura y la magia de las palabras con él, apoyándolo en su lucha para salvar a todos.

Me parece un cuento muy bueno, pues muestra muy claro el mundo educativo en tiempos de pandemia, los sentimientos por los que pasamos y aun así continuar trabajando, estudiando, poniéndole la mejor actitud y seguir luchando. Me gustó que la autora haya mostrado que para sobrellevar esta pandemia, la mejor medicina, el mejor antídoto, es la literatura. Y es lo que me inspiró a leer este cuento una y otra y otra vez.



LA PÉRDIDA DE RITOS ESCOLARES EN PANDEMIA

VALENTINA TORO

Escuela de Comercio Libertador General San Martín (UNSJ)

Estamos perdidos, escrito por Makedonie Johnson, publicado en el año 2020 por la “editorial Cárdigan” y cuenta con 222 páginas. Aunque al principio no le tenía fe, me terminó encantando. Me pareció un libro muy hermoso y realista desde el punto de vista de un adolescente con problemas, igual que todos nosotros.

Durante la pandemia, millones de estudiantes a lo largo de todo el mundo tuvieron que dejar de ir a la escuela. Lo que incluye a los amigos y a los ritos. Este libro nos muestra que tenemos suerte, una que muchos no tienen, que es el ir a la escuela. Pero también nos hace admitir que es algo agotador el aprender tantas cosas que pueden servir o no en nuestro futuro, pendientes a que nos dedicaremos, si decidimos seguir estudiando o no. Todo llega a ser muy abrumador, pero hay algo o alguien que nos motiva a seguir: Los ritos compartidos con amigos. Muchos queremos llegar a nuestro baile de egresados, a la estudiantina, a la fiesta de primavera, entre otras cosas. Cuando comienza la semana, el sentimiento de no querer levantarnos e ir a la escuela, es opacado por las ganas de ver a nuestros amigos, de reírnos juntos de tonterías y pasar todo el tiempo que tengamos disponible junto a ellos. Este libro muestra los sentimientos de muchos de

nosotros, plasmados en papel. Sabemos que en pandemia, eso ha cambiado mucho. Ya no los tenemos a nuestro lado durante las clases, ya no los tenemos a nuestro lado para que nos abracen, simplemente se encuentran a gran distancia, en cuarentena en sus casas.

“Sabemos que hay personas pasándola mucho peor, sin trabajo, sin comida, sin agua. Que están enfermado, que están muriendo. Pero, no obstante, eso no significa que no podamos estar tristes por no estar en la escuela, con nuestros amigos, o por no poder asistir a eventos escolares como la estudiantina. Por habernos perdido un gran año en la secundaria. Tenemos el derecho, tenemos permitido estar tristes”.

Parte de ser un estudiante es disfrutar de esas cosas, que no podremos hacer, al menos, no este año y tal vez no el próximo. Se han preguntado, ¿cómo es para los chicos y chicas de último año? Este libro nos muestra como para ellos este era su último año, su último año para gozar de esas últimas cosas. Ahora, nunca podrán hacerlas. Técnicamente ya se han graduado o se graduarán, pero que te feliciten por Zoom no es lo mismo, ya nada es igual. Ni siquiera sabemos si nos podremos recuperar, ¿podremos? Para muchos, alrededor del mundo, es

ta fue una noticia muy dura. Finalmente creen que están encaminados, que saben a dónde se dirigen.

El protagonista ha escuchado en muchas entrevistas, palabras de directores, maestros, padres, políticos, la siguiente frase: “Todavía son niños, no tienen experiencia para entender que las cosas mejorarán y que al final esto acabará siendo una de esas épocas de las que puedes contar historias”.

“Eso lo tenemos en cuenta, esto podrá mejorar en algún momento pero... ¿Cuándo? ¿Cómo?”

Siempre he creído que nada es imposible, es decir, puede que las cosas mejoren, como puede que no. Seamos realistas, hay personas muriendo alrededor del todo el mundo. Al igual que hay personas curándose. Eso nos muestra el libro. En el libro encontramos muchas comparaciones interesantes, con datos que no suelen salir en los noticieros, por ejemplo el siguiente:

“Ahora, comparando el covid-19 con, por sugerir algo, la peste negra. Esta sobrepasa la cantidad de muertos por coronavirus, con “20 millones” de personas fallecidas y el covid-19 solo “905 mil” personas fallecidas (que es, de hecho, una cantidad aproximada de los suicidios por año). No está, hasta el momento, en las

.....

10 pandemias con más muertes en la historia. Pero, aun así estamos preocupados, no tanto por nosotros. Estamos preocupados por nuestras familias, amigos, compañeros”.

En ese año, se pierden muchas cosas: las celebraciones, los abrazos cuando sentimos que nos desmoronamos, el apoyo cuando no nos va bien en clase, las palabras sabias de nuestros compañeros cuando algo va mal, el ver los actos escolares juntos para que no se vuelva tedioso y poder pasarla realmente bien. Esto ocurre con Lucas, el protagonista. Ver la vida a través de sus sentidos es un regalo, a veces una pesadilla. No ve el mundo como lo percibe el resto. La intensidad de sus emociones, de sus vivencias, están perfectamente trasladadas en las páginas de “estamos perdidos”

“Lo que me entristece es que no tendré esas pequeñas cosas este año. Algo tan pequeño puede cambiar días, puede cambiar años, puede cambiar vidas. Hemos perdido partes tan importantes en la vida de un adolescente que, tal vez, comparadas con otras, no sean la gran cosa, pero para nosotros sí lo son. Nosotros estamos en la edad de disfrutar las pequeñas cosas, equivocarnos, querer estar juntos”.

Se aferra a las pequeñas cosas y sueña con ser poeta con un

traje arcoíris. A veces, sus emociones, son un torrente emocional. Cada capítulo varía, algunos están narrados en primera persona y otros en tercera persona. Es fácil de leer, simplemente no quieres soltarlo. Tiene giros inesperados, encuentras sorpresa tras sorpresa. Conecté mucho con Claudia, uno de los personajes secundarios. Es tan humana, se encuentra en situaciones con las que me encuentro completamente identificada. En Lucas, en cambio, es fácil ver todos sus problemas. Está atascado en un mundo donde no es del todo aceptado por quien eligió amar, sus dolores tanto físicos tanto como emocionales se trasladan de las páginas hasta meterse en tu corazón. Es un libro, sencillamente, inolvidable. Me tocó el alma, me llevó a reflexionar y a entender muchas cosas. Se lo recomiendo a quienes están asustados, a los que sufren, a los que no entienden que es lo que pasa, a los que quieren entender, a los que han olvidado lo que es sentirse joven, a los que quieren reflexionar, sencillamente a todos.

“Somos jóvenes, nos queda camino por delante, pero estamos en el presente. Queremos nuestras pequeñas cosas, aunque eso no evita que queramos, al menos varios, seguir vivos, estar con nuestras familias, quedarnos en nuestra casa para poder protegernos entre todos”.



LO ACADÉMICO Y LO EMOCIONAL EN BATALLA DURANTE LA PANDEMIA

CAMILA GALLO

Escuela de Comercio “Martín Zapata” (UNCuyo)

Esta impresionante obra está ambientada en el año 2020, año de una pandemia que afectó a millones de personas, escrita en Argentina. Es una de las obras que más refleja la situación emocional del adolescente en aquel momento.

Creo firmemente en que los libros son el invento que ayudó al hombre a prosperar, que lo incentivó a crear, a imaginar, a encontrarse a sí mismo, a evolucionar en todos sus aspectos. Este libro es uno de los más complejos que existe, ya que involucra dos elementos tan grandes como el mismísimo universo, por un lado, un plano académico lleno de deberes y obligaciones, de formaciones a futuro y de aprendizajes infinitos, y por otro lado un plano emocional que nos lleva a pensar, a reflexionar, a cuestionarnos y a mirar dentro de lo más profundo de nuestros corazones e indagar sobre aquellas cuestiones que nos tocan el alma.

Como libro cualquiera podría leerlo, pero, así como existe la diversidad de lectores existirá una diversidad de comprensiones, de significados diferentes para cada una de las palabras que estén escritas, tendrá para cada ser una connotación diferente y cada uno de nosotros lo vivirá de otra forma al leerlo.

Dentro de este libro, ambientado en una situación de pandemia, encontraremos de todo tipo de emociones, tales como la incertidumbre, la angustia, el dolor, la tristeza, el desamparo y la soledad, todas ellas en una sola esfera. Sin embargo, no todo es malo y encontraremos sentimientos como la esperanza, sentimientos indescriptibles como el calor de la familia, como el valor interno que guardamos cada uno de nosotros, como la felicidad que vive en nuestros corazones y queda plasmada con un abrazo o con el solo hecho de mirar al cielo y sentir como la brisa tímida y casi fría nos llena los pulmones, en ese momento sabemos que todo estará bien, y que el cielo celeste e infinito nunca desaparecerá.

Los personajes piensan mucho, piensan en su situación y lo dejan plasmado porque describen cada uno de los obstáculos. En aquellos tiempos donde nada se podía hacer más que cuidarse y cuidar a los demás, es real que pasaban las horas intentando contestar preguntas sobre el porqué, el para que, con qué fin todo esto debía pasarles a ellos. La reflexión se daba a lugar porque se aburrían con más facilidad o porque no tenían nada para hacer más que mirar la pantalla del celular, la computadora, o el techo de alguna habitación. También es cierto que la mente ocu-

pada y distraída por las actividades que requieren plena concentración del día a día, escasamente se detenían a pensar en las emociones que les recorren el cuerpo, uno mismo las ignora o las oprime sin saber que son aquellas que respiramos, aquellas peligrosas y maravillosas emociones que no vemos, pero se sienten cada día más fuertes como golpes secos que resuenan en un cuarto sin muebles y sin gente.

En aquellos momentos todos estaban en una situación crítica, pero los personajes adolescentes no solo debían seguir cumpliendo con sus obligaciones del colegio, institutos, o trabajos, sino que también adolecían, algo natural en esa etapa de la vida. Para muchos de ellos el estudio era un escape, el leer y aprender era su salvación, era la forma de mantener la cabeza donde se supone que debe estar y no perder la cordura y consumirse por sus propios sentimientos. Otros simplemente siquiera podían levantarse de la cama, y la ansiedad les llenaba las venas, porque ya no era la sangre lo que recorría por ellas, eran todos esos pensamientos autodestructivos que no los dejaban tranquilos y que sin importar nada seguían adelante. El libro es simplemente excepcional, jamás debemos dejar de aprender y que nunca es tarde para ello, porque

.....

leer un libro puede salvarnos la vida, puede sanar heridas que jamás fueron cicatrizadas, aprender puede darnos oportunidades y puede darnos razones para seguir adelante, para imponernos sueños.

En una parte del libro uno de los personajes relata lo que le sucede: "...Como adolescente la situación es angustiante, con la diferencia de que en nosotros el sentimentalismo siempre es más intenso. No solo pensamos cuando nos acostamos por fin en un colchón que es cómodo y completamente acogedor, sino que se nos aparecen de a poco, como algo que tiene que suceder, durante todo el día. Cuando almorzamos y sentimos hablar a la familia en la mesa, todo se vuelve abrumador y aunque nuestros padres o hermanos hablan nosotros solo los observamos, pero no los escuchamos. De a poco nos quedamos solos con el plato de comida que se enfría, se enfría como nuestras manos al salir en invierno, y es ahí, justo en ese exacto momento de la desesperación provoca que mis ojos aun recién levantados, desprenden una que otra lagrima que nadie nota."

El tiempo perdido jamás regresara, y todo lo vivido jamás se nos olvidara, pero como conclusión, me aferro a la idea de que ser feliz a pesar de las indiferencias es revolucionario en épocas como las

que atravesamos, y que la dicha de volver a encontrarnos será maravillosa, llena de magia. De que la luz al final del túnel existe y cada día es más brillante, de que el amor y la perseverancia es lo único que puede salvarnos de lo que sea que se nos presente.



SUBSISTENCIA DE LOS ESTUDIANTES

EVELIN SANDOVAL

Escuela de comercio “Martín Zapata” (UNCuyo)

Esta obra dirigida para un público juvenil narra experiencias, pensamientos y emociones teniendo como principal personaje a los estudiantes. En estos tiempos difíciles debido a la pandemia, la historia tiene como fin ayudar a sobrellevar las emociones que los aflige.

Este libro es aconsejado ya que no solo ayuda a los jóvenes si no también a los profesores quienes tienen una labor difícil. Algunos mayores, otros recién graduados aun así presentan la dificultad de aprender a utilizar plataformas tecnológicas para enseñar a otros de manera virtual.

En primer lugar la situación que se vive actualmente no contribuye con los estudios básicos que se tenían pensados para este año. Todos los que sean estudiantes o profesores tienen que lidiar con una nueva manera de aprender, una manera virtual. Tal como sostiene la obra “...Nadie estaba preparado para la situación...”, nadie dijo que aprender sea fácil a pesar de los obstáculos la historia sostiene un sentido de positividad para dar frente a la situación.

Así como todos los años durante el ciclo escolar suele incrementar el nivel de estrés, depresión y ansiedad; un problema que afecta a nivel mundial pero en estos tiempos es asociado al miedo y preocupa-

ción al futuro un tema importante que recalca la obra.

Estar frente a la pantalla para cumplir con las tareas es ser responsable sin embargo también es dañino para la salud debido a que daña la vista y los músculos.

Se dice que las clases son fáciles para los estudiantes debido a que nacieron en una era tecnológica sin embargo el escrito contradice esto, ya que no todos poseen un mismo nivel de recursos. Por este motivo muchos sufren frente a esta situación.

Los jóvenes y maestros están luchando con sus emociones, el no salir como antes los abrume. Una llamada por teléfono no es lo mismo que hablar en persona, una video llamada no es lo mismo que una clase, un video no es lo mismo que un profesor. Puede que se encuentre opciones totalmente parecidas a las clases presenciales pero no pueden suplantarlas. Lo admirable de este libro es que ayuda a subsistir a los estudiantes dándoles consejos.

Es fascinante la forma en la que logra llegar al espectador y logra sosegarlo, calmando los nervios y la ansiedad de estos. La obra alcanza su objetivo debido a que tiene un efecto tranquilizante al mostrar parte de la realidad.

En conclusión la obra ayuda, previene y disminuye los

efectos psicológicos generados por el confinamiento durante la pandemia; de manera indirecta garantiza el bienestar y la salud mental de los estudiantes y profesores.

ENSAYOS LITERARIOS

SELECCIONADOS

Adolfo
BIOY CASARES
2020





SOBRE JÓVENES Y TEMPESTADES

VALENTINO DALLA VALLE

Colegio Nacional “Rafael Hernández” (UNLP)

.....
“Ainsi, chacun dut accepter de vivre au jour le jour, et seul en face du ciel”

“La peste”, Albert Camus.
.....

Hubo jóvenes antes que nosotros. Antes, cuando no había derechos humanos ni trastornos de ansiedad. Los chicos eran adultos a escala, que podían desempeñar las mismas actividades y estar sujetos a la misma maquinaria, como mártires delineados por la pluma de Dickens. Pero los chicos también comían en otra mesa y en las discusiones siempre mantenían la cabeza gacha y la boca cerrada, entreteniéndose con las llagas que deja la extracción del carbón. El imperialismo formalmente cayó en desuso, pero al menos el ideario victoriano de alguna forma perdura y nos sirve hoy de ejemplo. Sin embargo, notemos que la juventud no es sólo la bisagra entre la niñez despreocupada y la edad adulta, sino el momento de descubrimiento del mundo, en su ambivalente desesperanza y alegría y en su incómoda dimensión. La juventud no depende de un cartílago osificado o de un test de aptitud y definitivamente tiene una cierta cualidad que trasciende los distintos contextos. Porque la juventud no nació con la maquinaria a vapor y es hybris moderna pensarla. La ambivalencia es de larga data, como si todos los jóvenes fuéramos Te-

lémaco, desestimados por los pretendientes y alentados por los dioses.

A veces me pregunto: ¿Nosotros descubrimos al mundo o el mundo nos descubre a nosotros? Creo que en realidad no descubrimos nada porque las verdades no se esconden y no hay nada nuevo bajo el sol. Más bien, iluminamos algunos senderos, hacemos camino al andar y nos topamos con huellas de botas, cáligas y pies descalzos. Sin embargo, a veces los senderos se nos son sutilmente señalados y los desandamos sin darnos cuenta. En ese sentido, tanto la escuela y la Literatura actúan como el camino acostumbrado que, sin que lo sepamos, nos introduce a las flores y a la tierra. Dicho con llaneza, ambos elementos son fundamentales porque nos introducen a otros mundos y nos dan una herramienta fundamental: la comparación. Para Borges la historia es la repetición de los mismos caracteres, siendo la humanidad la historia de una sola persona. En ese contexto, reivindicamos los matices y aprendemos de las analogías. A pesar de que nos encontramos en una situación sin precedentes en su totalidad, hubo pestes y hubo encierros. Más importante aún, hubo jóvenes encerrados llorando y leyendo.

Honestamente, el joven que no haya querido llorar en esta cuarentena piensa que ser mi-

sántropo es canchero. Nosotros tenemos esta voluntad de descubrir, de caminar y crear, que no podemos satisfacer en aislamiento. La sociedad, como diría Latour, se basa en las redes. Como individuos, nadie las necesita más que el adolescente; nadie puede construir su mundo por su cuenta porque nadie es una isla, completo en sí mismo. Además, como todas las personas, vemos que todo se desmorona y necesitamos estar acompañados. Entonces, enfrentamos una necesidad potenciada de intercambiar, construirnos y sentirnos menos solos. Generalmente, la escuela entreteje muchas redes, con nuestros pares, con los profesores y con el conocimiento, y de cada una de ellas obtenemos algo distinto. Desde esta perspectiva, la escuela es integral y contempla el desarrollo social, individual e intelectual de una persona. Para poder incidir en estos distintos niveles, la institución traza un currículo que tiene sentido tanto por unidad como en su totalidad y de forma interdisciplinaria. También, recurre a distintos métodos de enseñanza e intercambio para la construcción colectiva del conocimiento. A veces también, sólo presta un espacio físico para que individuos en transición se forjen mutuamente.

En este contexto de pandemia, la escuela está en jaque por varios motivos. En primer lugar, por las limitaciones de la

virtualidad, que se torna imposible sin un dispositivo electrónico y buena conectividad, lo que es difícil de demandar en la heterogeneidad de un colegio público. En segundo lugar, la escuela pierde autoridad porque el confinamiento aumenta drásticamente la intimidad y la individualidad de alumnos y profesores; ambos desempeñan sus actividades desde sus hogares en contextos particulares que son desconocidos para los demás. Un profesor puede no exigir por temor a dejar a alguien atrás o por simple y vaga comodidad. De la misma forma, un alumno puede retrasarse por cuestiones de conectividad, emocionales o incluso económicas, pero también puede ser por simple indolencia. Podemos suponer, pero no tenemos idea de la situación que atraviesa el otro, estando cada uno en aislamiento. Ambos factores hacen que la escuela en estos tiempos quede reducida a una institución formal, que procura proporcionarnos una serie de actividades y una rutina para que veamos los contenidos mínimos y no nos olvidemos de los despertadores. Así, la escuela se amoneda y el crecimiento académico no se corresponde con el crecimiento individual y emocional de los jóvenes, que incluso experimentan un retroceso.

He aquí el meollo de asunto. ¿Cómo se sienten hoy los jóvenes? Mientras escribo esto, hay quienes están descubriendo pa-

siones y quienes se están desgranando en preguntas y cuestionamientos. Los jóvenes en la cuarentena oscilamos. Tu- vimos que reinventar nuestros pasatiempos y tomar las riendas de nuestra educación, y hay días y días. En realidad, ya no hay más días. El tiempo se oxida y se suelta y nos sumimos en una jornada eterna que despista hasta al ritmo circadiano. No soy ni pretendo ser el portavoz de toda una generación, pero me aventuro a decir que si algo define nuestra cuarentena es el agobio, el abatimiento de que la vida siga pasando mientras uno está encerrado en otro tiempo, monocromo y circular. No solo eso, sino que también tenemos que tomar muchísimas decisiones de forma individual, desde qué tarea hacer primero hasta qué vamos a estudiar en la facultad. Es como cuando te vas de viaje con amigos por primera vez y no hay ningún padre que evite que el primer día te comas toda la bolsa de caramelos. Salvando las distancias y magnitudes, el aislamiento es eso: cada joven se suma a las clases que quiere, habla con quien quiere y lee lo que quiere, pero a su propio riesgo.

Decir que la Literatura es riesgosa porque te cambia la forma de ver el mundo es un lugar común, una expresión vaciada de significado. Hablar de la Literatura es como hablar del Lenguaje: ambos tienen

una dimensión inconmensurable, total pero irreal, incognoscible. Sin embargo, también tienen otra dimensión, circunscrita y del individuo. La literatura (la parcial y propia, que se escribe con minúscula) es una construcción, porque ella también trabaja en redes. Uno lee un best-seller de esos que los críticos usan para los asados y este lo conduce a Shakespeare (sabemos el poder legitimador que tiene recurrir a la autoridad), pero al leer una de sus comedias uno se entera que a los isabelinos también les gustaba escudarse detrás de otros grandes, y entonces El Bardo nos arroja a Ovidio y nos sentamos los cuatro e intercambiamos sobre el tiempo airado. Nunca hubo una pandemia en el mundo hiper globalizado, pero hubo pestes, hubo jóvenes cohibidos e instituciones deficientes. Solo resta identificar los módulos, unir los puntos y trazar nuestras redes de contención emocional y de reflexión personal.

Si decimos que la literatura fomenta la reflexión es porque la entendemos como una experiencia esencialmente liberadora, y más aún cuando es realizada motu proprio. Los programas de literatura del colegio responden a muchas finalidades y a hilos conductores, contemplan quizás análisis exhaustivos y requieren que tengamos bien presentes cuestiones argumentales. Ahora bien, cuando

uno se sienta a leer es amo de su propia literatura. Por supuesto, poder leer teniendo todo un bagaje de saberes vuelve a las interpretaciones mucho más ricas, pero de vez en cuando es conveniente zambullirse en una obra con la cabeza vacía, sin pensar a los autores como individuos con tendencias políticas y filosóficas sino como gente que tiene algo para decir. La lectura autónoma es peligrosa si uno se estanca en un solo género, autor o tiempo, pero es sumamente satisfactoria porque supone una cierta autodidaxia y una interpretación de textos libre de toda lectura canónica. Esta liberación intelectual también tiene su interpretación más emocional. Cuando leemos sin tener que retener detalles argumentales, datos históricos o la biografía del autor entendemos que la angustia de Atosa en “Los Persas” de Esquilo no es muy diferente a la que podría tener la madre de cualquier conscripto ante cualquier guerra. Frente a una situación tan inusitada como una pandemia mundial, es valiosísimo tener un catálogo de penurias con sus correspondientes reacciones y desenlaces para sentirnos acompañados en nuestras desdichas. Se trata de rehuir los meses condensados en un día interminable y homogéneo, como si fuéramos jóvenes toscanos que escapamos de las ciudades y las ratas y, para pasar el tiempo, contamos cuentos y fundamos idiomas.

Llega la juventud y nos toca definirnos, sin apoyarnos más en el nombre bordado en el guardapolvo. Entonces, caemos en una angustia bastante existencialista, que no perdona ni a los más platónicos (aunque los prisioneros de la cueva liberados y por el sol encandilados saben a lo que me refiero). Quien habla de angustia habla de desamparo y, ¿qué refugio les queda a los jóvenes que no van a la escuela y no salen de sus casas? Estamos perdidos e indefensos como chicos en una isla desierta debatiéndose entre la caracola y un par de jabalíes. En filosofía podemos apreciar las conclusiones de Foucault y mirar con otros ojos la arquitectura de nuestra escuela, pero en la realidad seguimos precisando de la escolaridad en todos sus sentidos. Privados de ella y siendo testigos de una crisis global, lo que pensábamos saber, los planes que queríamos hacer, se desvanecen. Nuestra literatura, por parcial que sea, nos devuelve la visión del todo. Nos libera de esos laberintos y castillos kafkianos de la modernidad hiper fragmentada. Como nosotros nos preguntamos si esta vida nuestra vale la pena, un príncipe danés también se preguntó si convenía ser o no ser y un Odiseo nostálgico se conoció a sí mismo y rechazó la inmortalidad para estar con su amada. La Literatura nos acoge y en su seno inmenso tendemos las redes de las que fuimos privados. Los libros,

los buenos y atemporales libros, nos vuelven compañeros incluso en la desesperanza.



ENSEÑANDO A ENSEÑAR

TOMÁS SUÁREZ

Escuela de Agricultura y Ganadería “Inchausti” (UNLP)

Ya no hay nadie. El silencio y el aire completan el espacio vacío. Los borradores descansan debajo de los grandes pizarrones, ahora oscuros por la falta de tiza en su corpórea forma cuadrada. Los patios están en calma, ni un solo rumor, ni un solo chiste. Solo el ulular del viento que se filtra por la hendidura de algunas ventanas, pretendiendo entrar y alcanzar cada rincón de la escuela. ¿Qué pasó? ¿Dónde están los alumnos, las maestras y los profesores?

En un PDF, en un documento de “Word”, en un audio, en un video. Ahí es donde están, frente a las pantallas, en sus mundos virtuales, navegando por diversión, trabajando o estudiando a distancia, por lo menos, hasta que el mundo real vuelva a funcionar. Parece de algún modo un poco surrealista, extraído de alguna historia de ciencia ficción o de una película, así como “Mátrix”, donde todo se transforma y es bastante difícil adaptarse a las nuevas reglas y procedimientos. El juego cambió y el tablero es otro.

Cruzamos la pantalla y entramos en la virtualidad, así como Alicia atravesó el espejo y entró de nuevo al País de las maravillas. Encontramos todo este nuevo universo, con nuevas disponibilidades, herramientas y conocimiento, pero que, así mismo, restringe tantas otras cosas. Este es el pun-

to en que se van a diferenciar aquellos “nativos” informáticos de los otros, los que llegan en esta pandemia a este nuevo mundo.

¿Qué es un Google classroom? ¿Y el zoom? ¿Cómo accedo al campus? Preguntas que apabullan la mente de tantas personas, que nos acosan y no tienen una respuesta clara, preguntas que solo el tiempo y la práctica responden, pero que, mientras tanto, ocupan el lugar de la atención, la poca que queda, para dedicarse a estudiar.

¿Cómo planear la enseñanza ahora? Es una pregunta que tenemos que cultivar de a poco, regándola con la constancia y nutriéndola con el conocimiento y el acompañamiento. Después de todo, “enseñar” es compartir la información, es mostrar lo que se conoce, transitando este camino tanto los estudiantes como profesores, todos juntos de la mano, siendo estos últimos, fuegos que arden en la noche cuyas llamas prenden las velas de la curiosidad dentro de cada uno de nosotros.

A veces nos angustia un poco pensar que no los tenemos delante, que ese vínculo estudiante-profesor está perdido del todo, no solo a nosotros que tenemos que aprender, sino también a ellos y ellas que nos van a enseñar. Esas miradas, esos chistes, esas charlas, esa contención que nos brin-

dan ya no están, y es importante, porque no solo es el contenido lo que nos marca el camino, sino también lo son los valores, la moral y los buenos hábitos que nos transmiten en cada una de sus clases. Y, aunque ahora parece que no, ese vínculo sobrepasa las distancias, esa calidez que emanan logra superar los metros y kilómetros que nos separan. Atraviesa la pantalla y, en el reflejo de sus ojos, en una mueca o en el tono de su voz, nos demuestran que se preocupan y también piensan en cada uno de sus estudiantes.

Aprender y enseñar es algo mutuo que se da en nuestra cotidianeidad y aún más en este contexto. Ahora, los estudiantes aportan información que ellos ya tenían adquirida de cómo manejar ciertas plataformas, ciertos dispositivos, ciertas herramientas, mientras que los profesores aprenden a incluirse en este mundo virtual. De igual modo, ellos aportan todos los contenidos de la cultura general, aquello que debemos aprender y ejercitar para poder desarrollarnos plenamente en nuestra vida.

Recalcando lo dicho anteriormente, la enseñanza se construye ladrillo por ladrillo, no importando tanto su procedencia, sino que su intención y finalidad sean las correctas. La casa que construimos con esos ladrillos simbólicos es donde se

aloja ahora la escuela o, mejor dicho, la nueva escuela que se mantiene en constante cambio. Muta, se adapta y crece. Al igual que las mariposas, existe un periodo medio, una metamorfosis que puede ser larga y lenta, muchas veces desesperante, pues uno no sabe que es lo que saldrá. Pero cuando finalmente la crisálida se rompe y de ella emerge un nuevo ser vivo, más hermoso y más brillante que el anterior, se puede ver que todo el trabajo previo fue exitoso.

Aún estamos en esa fase de crisálida, acumulando conocimientos y herramientas nuevas, y organizándolas para ver que saldrá. Es la primera vez que sucede esto, pero también es la primera vez que nos atrevemos a pensar y llevar la enseñanza fuera de la escuela. Mejor dicho, fuera del edificio, y esto es porque la escuela es algo que se construye, es social y cambiante, como otras tantas instituciones. Sabemos que el camino no es fácil (pero cuál no lo es) y aún así se debe transitar, con sus baches y piedras, a las que enfrentaremos con creatividad para llegar a la meta. Es vital para ello que nunca abandonemos esta construcción constante, que nunca nos detengamos, que seamos más ambiciosos y que busquemos nuevos métodos y formas de enseñar, porque solo el conocimiento tiene las llaves de

las cadenas que la ignorancia tiene sobre nosotros, las llaves que nos librarán para forjar un mejor futuro.



LA PANDEMIA LA PIENSO EN VERSO

MAURINA LOMBARDI

Instituto Libre de Segunda Enseñanza (UBA)

.....

La pandemia es un período que, sin duda alguna, dejará huellas en toda historia que le haya sido verosímil. Se encuentra hoy impregnada su fragancia en cada vida. En especial, en las de aquellos transeúntes temporales recorriendo una particular etapa. Una etapa siempre descrita con añoranza, por aquellos que ya la han transitado: la juventud. ¿Cómo sobrepasan los jóvenes estos tiempos?

Tratarse o no de casi desdéniables especificaciones del lenguaje, me atrevo a decir que no hablaré de los jóvenes, sino de jóvenes. El formalismo refiere a la evasión a generalizar, dado que, incluso conociendo millones de historias, mi perspectiva se mantendría parcial. Los motivos de mi enajenación se expresarán más adelante.

Cada joven está hoy en una dimensión paralela. El pasar por la vida ya era considerado una experiencia personal, propia de nadie más que del sujeto. Sin embargo, lo que antes era personal, hoy adquiere otra connotación: es solitario. Jamás una persona transitó su vida a solas. Hoy en día, la juventud, está siendo un trayecto solitario para cada cual que lo pasea. Lo que otrora era una situación particular para cada uno, hoy ya son dimensiones alternas, casi remotas, casi inconexas.

Es por ello que no puedo hablar de “los” jóvenes, sino

de jóvenes. A raíz de la pandemia, toda observación realizada es parcial. Por esta lejanía entre las dimensiones, hay datos escondidos en todas partes. Las realidades se ven tan distantes que la comunicación entre ellas ha resultado ser nula, borrosa. La atraviesan algunas (subjetivas) urgencias: la tarea para mañana, un trabajo práctico, un taller nuevo al que anotarse o algún rumor vano. Pero jamás la visión de la vida de los demás podría asemejarse a la cercanía a la que había en un pasado. Los vagos intentos de unir las dimensiones no se asimilan en nada al compañerismo que se solía vivir.

La palabra “compañero” refiere a “compartir”, y, en verdad, detalles que serán tan insignificantes en algún futuro (tales como una tarea), no hacen homenaje alguno a su concepto. Lo que constata una realidad compartida es el hábito. Irónicamente, lo cotidiano es lo que justamente permite dilucidar las anomalías, tal como leer las emociones en la cara de una persona cuando no tiene un buen día, o bien interpretar la presencia de un amigo cuando está cerca para ayudar. Porque los tiempos pandémicos nos han quitado también esto: la manera de estar presentes. ¿Cómo demostrar nuestra presencia, nuestro interés, por aquello que sucede en esas otras dimensiones? ¿Cómo expresar nuestra preocupación, cuando

cada vez más, sentimos que somos menos parte de ellas? ¿Cómo asimilar nuestra importancia mediante mensajes de texto? Incluso teniendo una relación afable con las palabras, puedo decir que la situación es difícil, en particular con el valor de la amistad en la juventud.

La tecnología, que aparenta conectar las desligadas dimensiones, logra un ilusorio nexo entre aquellas separadas realidades. Está *tan* parcializada por los ángulos de esas cámaras. A las facciones, ya no se le ven reflejadas las emociones. Ese rol ha sido ocupado: hoy las transforman los píxeles de las pantallas. Callan esos susurros entre las palabras de los profesores, los exageradamente silenciados micrófonos. Eluden las risas, esconden las espontáneas (y todavía, infantiles) timideces, impiden las travesuras.

No obstante, a pesar de nuestro compartir tan limitado, en aquellos escenarios a los que estábamos acostumbrados, hay alternativas esperanzadoras.

La literatura ha logrado ser un método para reconectar, un puente entre aquellas dimensiones. ¿Por qué? Son las particularidades poéticas que encierra este arte las que la hacen tan sanadora. Lo implícito y multifacético del entorno literario lo convierte en un espacio afable para reconectarse entre adolescentes. Por atraernos hacia otra realidad (sin pandemia, sin muertes, sin angustia ni ausencia), funciona como un refugio. Pero la atracción se da hacia todo lector, y por ello, podríamos hablar de un reencuentro figurado, entre aquellas páginas. Una manera de conectar nuestras lejanas dimensiones. Son las mismas letras las que leemos, son las mismas historias las que recorremos, son las mismas aventuras las que atra-

vesamos. Por ello, sí se trata de una realidad que compartimos. A la que todos y cada uno de nosotros, lectores, somos verosímiles. A la que buscamos pertenecer siempre, y donde siempre seremos recibidos. La metáfora más afín es el concepto de *locus amoenus*. Aquel recurso poético latino podría tener una analogía a lo que representa la literatura en tiempos como estos: un contexto (figurado) agradable, donde coexistimos nueva y plenamente.

Incluso, hay ciertos días que dialogo más de ficción que de pandemia. Reconozco, en mi entorno, un interés creciente por la literatura, o, al menos, un acercamiento mucho más recurrente hacia ella. Se la encuentra a veces como un refugio, aún aquellos menos acostumbrados a considerarla de este modo. Pero hoy, el receptor ya no es solamente el niño tímido que se esconde entre ficciones. Se moldean en la literatura diversos jóvenes, de variadas situaciones. El rol del arte lingüístico se ha ampliado y universalizado. Y el diálogo se ha fomentado en magnitudes increíbles: repentinamente, todos quieren compartir su experiencia con un libro. Una vez que lo han leído, llenos de exaltación, se exasperan por relatar sus interpretaciones, sus reacciones y sus hipótesis. Todos buscan acercarse a otros mediante ellas, compartiendo. Este es un producto no tan ajeno a la pandemia. Las conversaciones comunes, fuera del ámbito literario, se apaciguaron: se tornaron ligeras, puntuales, específicas. Rememorando el *ubi sunt*, mi referencia (poco análoga a las añoranzas de Calino): ¿A dónde fue a parar el divagar, por horas, mirando algún techo, con nuestras imaginadas estrellas? ¿A dónde fueron a parar los sueños, relatos y voca-

ciones (casi insólitos y ficticios hoy) de un futuro compartido, en realidades extrañas? ¿Cómo especular, en contextos que no se suponían, ni en la más osada especulación? La literatura nos permite regresar a aquellos momentos. Nos vuelve hábiles de soñar de nuevo. Y no es hasta que leemos, que descubrimos cuánto extrañamos esto. Somos nuevamente crédulos.

Parecerá insignificante, pero el ser crédulos es nuestro mayor rito de esperanza. Tan propia de la juventud humana. Tan bella, y tan envidiada cuando se la ha perdido. Es recurrente hablar de la pérdida de la esperanza en estos tiempos. La catastrófica realidad nos lo ha consentido. Afortunadamente, la literatura nos la devuelve en versos y en prosa, y nos conecta nuevamente a ella.

No debería hacerse caso omiso a los jóvenes escritores. El aislamiento sanitario ha ido de la mano con el aislamiento social. Me atrevo a mirar este último de una manera no tan peyorativa, sino integral. Si bien la negatividad de la falta de socialización es inalienable a los hechos, se reconoce cómo muchos jóvenes han sido analíticos respecto a sí mismos. Cambiando sus conductas, optando por hábitos y preferencias que más se adecúan a su bienestar, muchos han tomado estos tiempos críticos como un período de introspección. Y ha dado frutos: se expresan en lo artístico, particularmente en la escritura, y se animan a compartir todo lo que escriben. El escribir es, sin duda, alentador. En lo personal, creo que es por su relación con el lenguaje. Al ser entes parlantes, conversadores (a los que siempre se les aconseja resolver las cosas mediante el diálogo), resulta reconfortante encontrar las palabras que expresan lo que

se busca. Canalizar las emociones provoca que las veamos menos extrañas, menos rebuscadas. Más poseedoras de realidad y, por ende, de coherencia. De este modo, no nos sentimos tan confundidos en este intrincado mundo. Es lo que provoca darle nombre a las cosas: la potestad de definir algo brinda seguridad, dado que, si lo identificamos, lo relacionamos con algo conocido, con lo que sabemos lidiar. Familiarizarnos con lo desconocido es propio de etapas de transición, como la adolescencia, y por ello el escribir resulta tan sanador. Además, el escribir en pandemia es aún más gratificante. Permite limar su ominosa influencia en nuestras vidas. Por otro lado, el diálogo entre jóvenes que escriben se ha hecho recurrente: la exitosa búsqueda de expresión se mimetiza con cada dimensión alterna.

En definitiva, la vivencia de la juventud se ha visto distorsionada severamente por la pandemia. Se ha desfigurado su cotidianeidad, la antes espectadora del progreso. La comunicación y el contacto ya no son lo que eran. Sin embargo, la literatura ha emergido, como en otras ocasiones, para compensar lo que el mundo de hoy necesita: un puente entre las tan paralelas dimensiones. Un puente pensado en verso.



¿A QUÉ LE DI MI TIEMPO?

BENJAMÍN ROBLES

Colegio Nacional de Monserrat (UNC)

.....

Cuando inició la cuarentena, hablé con mi profesor de filosofía quien me recomendó leer un texto sobre la cuestión del tiempo y el don. La obra es *Dar (el tiempo)*¹, de Jacques Derrida, filósofo francés. Esta inicia con un exergo de la amante de Luis XIV quien dice “el rey toma todo mi tiempo; doy el resto a Saint-Cyr, a quien querría dárselo todo (...)”. Queda claro la lógica de que al dar (o ser tomado) todo el tiempo, el resto es nada.

En relación con lo anterior, pensé en la siguiente premisa: la cuarentena ha tomado todo nuestro tiempo... La diferencia con el exergo radica en que, en lugar de limitarnos a meras responsabilidades o negarnos el ocio/introspección, nos habilitó a profundizar en nuestro ser. También es cierto que nos provocó consecuencias psicológicas como plasma la AACC (Asociación Argentina de Ciencias del Comportamiento), que en uno de sus últimos documentos afirma que “las emociones negativas y las experiencias asociadas con el aislamiento prolongado, se producen en todos nosotros, en la medida en que somos seres sociales.”²

Así las cosas, queda en nosotros ser críticos con nuestra realidad anterior y posterior a la cuarentena. Aunque para lo último será necesario el paso del tiempo pertinente para ser más objetivo y no tan sensible como le puede pasar a

cualquiera, más aún un alumno que se encuentra en su último año del secundario.

Este es mi caso, me encuentro en el Séptimo año del Monserrat, donde di tiempo (más de seis años) para recibir a cambio una serie de experiencias que trascienden quizás el plano de lo real; digo esto debido a que hace unos días soñé con estar en la fuente realizando el bautismo, una experiencia tradicional de nuestra institución.

Puedo afirmar en este momento que las emociones que me transitan a lo largo de más de cien días de cuarentena son diversas. Es por esto que voy a analizar el tiempo transcurrido, como lo planteó el exergo que usó Derrida. Esto comienza el día anterior al inicio de clases en el famoso y no tan sacro UPD (Último Primer día), allá por marzo para celebrar el paso del tiempo y coronar, quizás, la llegada de la promoción 2020. “Esta llegada” nunca se concretó porque fue esa noche cuando nos avisaron que ya había comenzado el receso escolar, el cual daría más dolores que alegrías en lo personal.

Pasaron los primeros días de encierro en mi casa, ya iniciada la cuarentena con las frases del presidente Alberto Fernández “aprovechando que Dios nos dio la oportunidad de darnos tiempo... para impedir el avance del virus... todos los ar-

gentinos y argentinas deberán someterse al aislamiento social, preventivo y obligatorio”³.

Comenzaron las clases virtuales con materias, en su mayoría, de ciencias sociales como Filosofía, Psicología, Economía política, Derecho, entre otras.

El eje de lo que aquí estoy exponiendo fueron esas clases de Filosofía hermanadas con Sociología y Derecho, ya que desde la virtualidad analizábamos diferentes aspectos de la misma contrapuestos a la realidad física.

Considero necesario destacar que el plan de estudio de Filosofía III preveía una introducción y profundización en la cuestión de los universales, sin embargo, primaron el interés de los estudiantes y las constantes demandas al docente respecto a qué postura tienen los filósofos posmodernos sobre la virtualidad, la pandemia y demás tópicos vinculados.

En este último aspecto, el pensador central analizado pasó a ser Byung-Chul Han, filósofo surcoreano. Él postula en contra del manejo del tiempo propio del capitalismo o la sociedad posmoderna cuando afirma que “La aceleración actual disminuye la capacidad de permanecer: necesitamos un tiempo propio que el sistema productivo no nos deja; requerimos de un tiempo de fiesta, que significa estar parados, sin

nada productivo que hacer, pero que no debe confundirse con un tiempo de recuperación para seguir trabajando; el tiempo trabajado es tiempo perdido, no es tiempo para nosotros.”⁴ A su vez, refleja el proceso de la vida como si fuera un jardín donde en primavera y verano se dan las flores más hermosas y en invierno/otoño se ve todo marchitar y morir.

El primer punto sobre la relación tiempo/trabajo, en mi caso tiempo/estudio, y la necesidad del descanso me recordó el síndrome de Burnout, nombrado recientemente, sobre el estrés laboral y los síntomas tales como depresión y ansiedad. Al trasladarlo al aula se da lo mismo, aunque tengamos una menor jornada que nuestros padres, menos responsabilidades y exista tiempo de recreación. Es posible ver una replicación de los roles sociales, demostrando las fallas del sistema educativo que no brinda más espacios de recreación (repito la palabra “recreación” porque me referí antes al tiempo y ahora al espacio). En mi caso los encontré pero para mis compañeros ese “tiempo” parecía perdido e inútil ya que no encontraban su perspectiva y les costaba llegar un proceso de introspección.

Fue en esto que la cuarentena nos ayudó debido a que el tiempo en soledad nos obligó a reflexionar sobre nuestra vida, nuestras metas y por sobre todo nuestra identidad. Sobre este último tópico tuvimos que realizar un trabajo de Sociología sobre las formas de discriminación presentes en la opinión pública y su reflejo en las redes sociales. Concluimos que nuestra generación se vincula de una manera más solidaria, sin embargo, el anonimato y la masividad de las

redes sociales provocan gran cantidad de disyuntivas.

Regresando a la postura del pensador surcoreano sobre el jardín, un amigo en clase dijo “me parece un menosprecio decir que en el invierno y el otoño nada más se marchita, yo en mi caso lo aprovecho para quitar malezas, ayudar a la procreación de gusanos y cuidar a las plantas del frío”. De esto se puede extraer que en los momentos más feos o más complicados es cuando uno más trabaja y es ese trabajo el que nos da los frutos en primavera o verano.

Un aspecto que no mencioné fue que Han cree que nosotros vamos a poder vivir plenamente en la virtualidad abandonando los vínculos socio-afectivos físicos. En contraposición el curso en su unanimidad negó esta verdad porque la cuarentena nos demostró la erosión que se produce en las relaciones humanas por la virtualidad (distanciamiento social).

En Derecho, aunque por antonomasia estudiamos las ciencias jurídicas, fue un trabajo del docente en el que interpeló nuestra creatividad analizando un texto sobre un juicio a un grupo de exploradores encerrados en una caverna⁵. Ya no era una instancia de análisis o exposición de información, sino de formulación de un juicio crítico sobre una realidad similar a la nuestra (en relación al encierro). La presión de la construcción de un veredicto justo, objetivo e imparcial respecto a hechos cometidos ajenos a la normalidad fue feroz. La resolución fue ajustarse a la ley pero declarar como ciudadano que toda persona en instancias como esta podría llegar a matar a otra aunque esto no significase que se ha-

bilite el libertinaje, sino dar un enfoque diferente a la vinculación con el otro.

La cuestión del tiempo como quedó plasmada nos habilitó a una auto crítica, una revisión a nuestros valores-creencias y una búsqueda personal; a costa de ciertas secuelas y revelaciones conflictivas que a largo plazo siendo trabajadas por un psicólogo clínico nos ayudan.

A su vez construyó, o como diría Derrida, deconstruyó espacios mentales que nos plantaron dudas, quejas y conflictos en nuestra vida personal. Dio un orden tácito al caos proveniente del estrés y los problemas externos. Nos permitió dar tiempo al descanso, no para después salir a estudiar/trabajar, sino para reflexionar y pensar. Nos dejó ver la belleza del jardín en invierno y valorar las cosas que tanto menospreciamos día a día.

En conclusión, a diferencia de Madame de Maintenon, la amante de Luis XIV, creo que la cuarentena al tomarnos todo el tiempo nos impulsó a darle el tiempo al resto de cosas que en nuestra vida diaria no le damos lugar y a repensar nuestra identidad, nuestros roles sociales y nuestros caminos ya construidos de manera recta y segura que se vieron alterados significativamente por la cuarentena.

¹ Derrida, J. (1995). *Dar (el) tiempo*. Barcelona: Paidós.

² Efectos Psicológicos del aislamiento por cuarentena por Covid-19. (2020). Retrieved 6 August 2020, from <https://aacconline.org.ar/wp-content/uploads/2020/04/Documento-Recomendaciones-AACC-Efectos-psic-ol%C3%B3gicos-aislamiento-por-cuarentena-COVID-19.pdf>

³ Fernández, Alberto Discurso por Cadena Nacional el 19 de marzo de 2020.

⁴ Chan, Byung-Chul entrevista en *El País España* el 7 de febrero de 2018.

⁵ Fuller, L., Carrió, G., & Nilus, L. (2011). *El caso de los exploradores de cavernas*. Buenos Aires: Abeledo-Perrot.



DUELO POR MI IDENTIDAD Y MI DESPEDIDA

SOFÍA ZARATE

Departamento de Aplicación Docente (UNCuyo)

El 31 de diciembre de 2019 a la tarde estaba sentada con mi amiga Inés en el balcón de la cabaña donde nos estábamos quedando. Estuvimos horas oyendo música, descansando y mirando el último atardecer de la década, el preludio de nuestro último año de secundaria. Nos tomamos el trabajo de armar una lista de reproducción con canciones que nos recordaran a los años que habíamos dejado atrás, música que nos hiciera sentir ganas de llorar con una sonrisa, revivir memorias enterradas en el tiempo. Debido al carácter musical de nuestra invocación a la nostalgia, terminamos virando a cantar canciones del coro de la escuela del que ambas formamos parte desde que entramos a la secundaria.

El coro fue la primera parte de la institución en integrarse a nuestra identidad, a nuestra percepción de quienes éramos como seres humanos. En el coro habíamos visto cuatro generaciones de chicas pasar e irse, enseñarnos lo que sabían y continuar su camino, decir adiós entonando entre lágrimas una canción de despedida en la colación de grados. Cada año la música, la letra, los abrazos y las lágrimas construían nuestras expectativas de ese último año, esa despedida catártica, esa oportunidad de máxima expresión de amor y agradecimiento hacia nuestra comunidad. Íbamos a sentir el calor

de las luces del escenario, el verano y los uniformes, la tristeza de la despedida y el dolor de los nervios y la tensión, pero no iba a importar, porque nos íbamos a ir al sonido del piano y el estallido de los aplausos, haciendo reverencias de agradecimiento bajo la luz de los reflectores. Hoy yo me siento en el techo de mi casa, recordando esa noche y esas ideas, escuchando la misma lista de reproducción. De vez en cuando pongo pausa para hacer el intento de cantar canciones del coro, pero ya no hay armonía, no hay una respuesta, solo hay un pequeño y triste sonido en medio del silencioso y cortante recordatorio de que ese momento de catarsis, esa despedida de la que yo dependía para poder irme en paz, no va a llegar. La voz sola y sin práctica de una única contralto sirve como mi única forma de hacer duelo por esas canciones que nunca voy a volver a cantar en grupo, esos viajes y conciertos que nunca voy a vivir y esas celebraciones por un concierto exitoso que ya no voy a tener.

Mis días del coro se acabaron brusca e inesperadamente, del mismo modo que toda mi vida escolar a su alrededor, y por más que del aspecto académico sigo conservando algunas experiencias, el nivel de desapego emocional que he desarrollado ante los temas de estudio es en sí su propia tragedia. Tantos

cosas he perdido de la vida escolar, que es cada vez más difícil encontrar un motivo honesto de interés por el concepto del estudio de por sí.

Y es que de lo que más se nota la falta no son los grandes eventos. No sufro por la falta de la presentación de camperas, ni la fiesta de egresados, ni la colación de grados, sufro por todos los momentos que habrían construido las ganas de vivir estos eventos, todos estos detalles característicos de esta etapa de mi vida, todas esas cosas que me hacían querer estudiar, querer estar ahí, moverme en comunidad y preocuparme por los eventos sociales y académicos, esas cosas que solo puedo vivir en los pasillos de la escuela, con mis amigos, con mi familia, con mis profesores.

Ya nunca voy a volver a abrir la puerta del curso para ser recibida por el aire frío y húmedo de una lluvia que comenzó mientras estaba en clase. Sin darme cuenta caminé una última vez por las escaleras envueltas en la luz dorada al atardecer después de haberme quedado porque sí dando vueltas a la tarde por la escuela. Cuando el año pasado me senté a ver el último acto, rodeada de gente haciendo ruido, sentada con mis amigos, las luces se apagaron y un escalofrío me corrió por la espalda mientras la luz del escenario reclamaba mi atención. No sabía que ese iba a ser también el últi-

mo acto que yo iba a poder ver. Nuestra imitación del impresionismo alemán para un trabajo de historia del arte, a la que decidimos ponerle un poco más de esfuerzo de lo que realmente hacía falta, terminó siendo nuestra última producción audiovisual, nuestro magnum opus no intencional. Nunca más voy a quedarme una hora sumida en reflexión somnolienta post-almuerzo, haciendo compañía a una amiga que duerme placenteramente en medio del bullicio del bufet mientras esperamos para entrar a coro. Vi, sin darme cuenta, por última vez a mis compañeros hacer educación física mientras yo esperaba para entrar a inglés. No voy a volver a bajar la avenida en construcción con mis amigos para comprar el almuerzo, ni volver apurados a comerlo bajo la sombra del hibisco mientras charlamos sobre el día, rodeados del suave murmullo de los estudiantes moviéndose a nuestro alrededor. Me tomé por última vez el tren de vuelta a mi casa, con la luz brillante entrando por las ventanas y posándose sobre mi libro, acompañada de la seguridad de un té caliente esperándome sobre la mesa de la cocina.

No encuentro más modo de hacer duelo que recordar estos momentos y tratar de aferrarme a ellos, tratar de, a fuerza de nostalgia, extraer de los recuerdos de estas acciones la alegría que anhelaba sentir al vivir es-

tos eventos por última vez. Todas estas experiencias se dieron por finalizadas antes de tiempo, y yo me quedé con lo que se siente como el cadáver de mi misma, casi todo lo que creo que soy y lo que amo ubicado ahora en el pasado, una nueva etapa esperándome en el futuro, y un presente vacío, en el que me dedico solo a sobrevivir hasta el final de la pandemia.

¿Cómo puedo sentirme en un pozo tan grande y al mismo tiempo tener tantas emociones tan fuertes? El vacío es tan potente, tan abrumador, tan indescriptible, tan triste. No es tan fácil como decir que fui robada de los eventos, ni de los instantes, ni de las experiencias, en mi vida falta cada momento que yo habría vivido, cada respiración, cada latido de corazón. En mi vida falta un año entero, cada día, cada minuto y cada segundo, que habrían sido mi carta de amor final a estos cinco años de mi identidad. Cada partitura, cada nota mal cantada, cada flor de ciruelo, cada almuerzo, cada cartucho de tinta gastado, el primer viento de primavera y la primera hoja caída de otoño, cada charla después de clase con un profesor, cada pregunta a una profesora, cada luz de escenario, cada presentación oral, cada prueba escrita, cada momento de estrés, de risa, de enojo, cada abrazo, cada beso, cada paso, cada sonrisa.

No sé qué más hacer más que enumerar cada cosa, darle espacio en mi mente a cada detalle, toda la belleza que ahora sólo vive en mi memoria. La realidad es que si antes no sabía quién soy, ahora lo sé aún menos, que no sé qué me espera en el futuro, pero que por bello que sea, nunca va a poder reemplazar esto que perdí, a lo que nunca llegué, que me fue negado. Nuevos detalles plagan mi vida ahora, y los vivo con el mismo cariño y esperanza que aquellos momentos que no pude tener, pero me parece que hay una cierta justicia en esta pena que solo ahora he podido escribir, y quiero llevarla conmigo para de acá en adelante admirar más aún si se puede la belleza de este mundo en que vivimos y los instantes de pura alegría que surgen cuando los seres humanos existimos los unos con los otros.

Hoy el cielo se ve hermoso, los cerezos están floreciendo, el aire de la noche huele a primavera y mi casa huele a comida reconfortante. Mi gata me espera para que la acaricie y apenas me acerco comienza a ronronear. Los pocos autos que oigo pasar me dan una cierta seguridad de que sin importar que, la gente va a seguir estando ahí, viviendo. El día se acerca a su fin y yo lo único que espero es pronto poder, finalmente, llorar por este año y esta despedida que no pudo ser.



EL LABERINTO Y LAS MARIPOSAS

ESTANISLAO PALAVECINO

Escuela Preuniversitaria “Fray Mamerto Esquiú” (UNCatamarca)

Ayer me desperté, pensando, pensando en esta existencia entre sombras, sin lugar, sin salida. Un laberinto oscuro, sin fin, entre flores marchitas, espejos rotos y pasadizos estrechos, me siento observado y espiado por fuerzas oscuras a través de la hiedra. Intento interpretar quizás si esta realidad maldita es tal cual como se me presenta, como un manguarian, indigno de la existencia entre hombres libres. En este laberinto la disyuntiva entre la libertad y la esclavitud se fusiona, no se muy bien si soy un hombre o un esclavo.

Los días pasan, sin embargo, no parece. El tiempo pasa, sin embargo, me siento en la plenitud vacía del universo infinito, donde puedo ir a todos lados, pero sin lugar a donde ir. Las rutinas son iguales todos los días, yo soy el mismo de todos los días, los caminos, las personas, todo es igual. Pienso y pienso buscando la explicación a esa existencia desnuda, dócil al sufrimiento. Mi vida se esta protegiendo, pero mi vida interna esta mas presa que nunca. Entonces recuerdo aquel cuento, *El perjurio de la nieve*, donde el sr. Vemehren detiene el tiempo para salvar la vida de su hija, condenándola a ser un preso del tiempo. Entonces me pregunto si es posible que alguien me haya detenido el tiempo, si alguien me aprisiono en el tiempo, si alguien me condenó a este laberinto tenebroso.

Doy vueltas torcido por el laberinto, esperando algo que me salve del suplicio eterno, me miro en los pedazos de espejos rotos, no me hallo en mi rostro. Todo pierde lentamente el sentido, estoy frágil, todo es frágil. Estoy corriendo en el camino de la vida, todo lo hago para olvidarme que voy a morir, pero este camino es igual al del vacío y la eternidad. Nada es triste, nada es malo, nada es bueno ¿algo realmente es?

Esta identidad me hace sentir pequeño en un mundo tan grande, como la hormiga ante la inmensidad humana. Pero también soy Dios, o eso quiero, querer ser todo para estar en todo. Pero no puedo serlo. Al menos soy el dios del laberinto, o solo de mi rincón, hablando solo, como una obra de teatro sin público, como estrellas sin admiradores. Las paredes enredadas me hablan, me sienten. Les grito ¿o me gritan? No puedo dormir, solo pienso y hablo. Esto es una humanidad maldita, condenada. No me encuentro. Y esto es desesperante. La hiel me fatiga y me fatiga. Sigo mi intuición, pero no me lleva a ningún lado. Estoy lleno y vacío. Siento todo, pero no siento nada.

Entonces, esta realidad me sume a la pequeñez humana insensata ante el poder absoluto del mundo, la naturaleza y el universo. Mi ego es doblegado, yo que alguna vez fui rey del mundo, ahora no soy nadie, obligado a

sufrir esta condena silenciosa como castigo a mi avaricia. He de aprender que no puedo hacer lo que quiera, que no soy todo poderoso. Solo soy Dios de mi rincón. La divinidad natural y universal no me corresponde. Solo decido en mi laberinto, ya no puedo imponer mi voluntad arrogante, que lo único que causo fue mal, daño. Ahora todo mi ego esta sumiso ante una realidad donde el fin es cognoscible

Lo único que siento, lo más fuerte que siento, está latente en mí, muy latente, ruge y ruge. Es la expresión más bella que logre sacar en este laberinto, una luz de esperanza. Es la más profunda y potente eleutromanía. Quizás impulsada por esta libertad añorada, me encuentro con otra posibilidad, otra libertad. Una especie de liberosis me surge en la mente, una especie de margarita que brota sin cesar de mi corazón, ¿la salvación?

Una nueva vorágine de sentimientos surge entonces en el laberinto, pequeñas, multicolores. Son mariposas, mariposas que me guían en el laberinto. Es mas extenso de lo que pensaba, es largo, profundo, son miles de mariposas que surgen de lo mas oscuro y frio, y se me acercan, decidí seguir las, que me conviertan en una de ellas, así puedo volar con miles de colores, lumínicamente a través del laberinto y así al fin encontrar la salida. Son los colores de mi alma.

En este nuevo mundo iluminado, logro abrir mi mente y mi alma, como alas, como saliendo de mi capullo, salir del rincón en donde nada podía ver y empiezo a buscar vívidamente por el resto del lugar y junto con las demás mariposas, las respuestas, esas respuestas, las que solo se logran a través del pensamiento y del saber. Así, volando, con simpleza, con solo lo puesto, descalzo y despeinado, logro una libertad parcial, un laberinto alegre con luces, pintado, colorido, lleno de vida, con miles de flores de distintos aromas y colores, me sale a saludar gente linda y loca, tan perdida como yo, pero... pero feliz. Logro afrontar la humanidad desnuda, garantizando mi supervivencia emocional y física. Y medio rodando, empiezo a indagar en nuevas sensaciones que me lleva a profundidades y rincones que yo no solía frecuentar. Descubro así cosas y experimento sensaciones, esas sensaciones que a uno lo hacen feliz, me encuentro en eudaimonía, en Utopía, en el Mundo de las Ideas, en el Edén, y en toda perfección filosófica y religiosa en la que se pueda pensar.

Lo curioso de esta parte del laberinto, es que reina algo nuevo. Es el amor, que acá funciona como abrigo en la frialdad de la hiedra, es como el alba cuando surge sobre la noche, como un camino de estrellas a seguir en la gran vía lactea. Aquí la vi-

da es una verdadera poesía, una poesía primaveral que puede ser irreal, o no, pero que es hermosa y bella igual. Y el amor, dirige y despierta nuevas sensaciones y sentimientos, herramientas con las cuales abordar los problemas que existan. Gracias a esto, en este ambiente vive una emuna absoluta.

Y es en este estado de felicidad, producto del conocimiento, el pensamiento y el amor, que un joven simple como yo abandona la monotonía de la oscuridad y se convierte en un ser que, en vez de exigir, empieza a admirar. Luego de haber tocado el más recóndito rincón y experimentado la más profunda tristeza melancólica, pude descubrir y admirar la belleza del todo que antes me parecía un todo sin sentido. Probablemente esta sea la maduración del adolescente para convertirse en algo más, quizás no. Lo cierto es que empecé a ser un admirador profundo de la música, la que fue mi más fiel compañera en este tránsito entre los más intrínsecos pasillos de mi mente. También soy un gran lector de esas obras, esas obras profundas y bellas, que por más mundanas y simples que sean, tienen una forma particular de llegarte al alma. Si existen manuales de cómo vivir y reflexionar, sin duda son esas bellas expresiones llamadas literatura, y lo hay para todos los gustos. Cuan-

do uno abre las salas no puede evitar sumergirse en un nuevo cielo, este cielo literario incluye canciones, poesías, obras de teatro, cuentos, novelas, cada una es un sueño, una buena oportunidad de entender más el mundo, una oportunidad de apreciar el mundo desde otras miradas, conocer otros sentimientos, otras ideas, y desde tantas perspectivas multilaterales, uno puede aprender a observar que hay belleza en todo, que todo es un todo hermoso universal al que uno se sumerge solamente a través del arte y del conocimiento. Ahora la tristeza me parecía parte de ese todo hermoso. Al final encontré donde canalizar todo eso que antes tenía encadenado, la mariposa que llevo dentro, mi alma, mi mente, había encendido y empezado a volar. Una mariposa de imaginaciones e ideas que me hizo volar por todas esas bellas flores del todo hermoso tan lleno de artes y conocimientos. Hay que explotar a la imaginación, la lectura, el apreciar las artes, abrirse al todo y a todos los que están en este mundo, experimentar y formar parte de todo eso, y encontrar allí el sentido que creíamos perdido. Aferrarse también al amor, el amor que en vez de construir barreras construye puentes, y que al ser algo superior que se escapa del alcance del entendimiento humano, hace que brote de nosotros lo más humano

que tenemos. El amor es un lazo que nos une con los demás, nos acerca a la paz y al entendimiento. Quizás parezca soñador diciendo esto. Pero esto es lo que me hace crecer como persona. Logre acercarme más que nunca a través de esta admiración a los demás, logre un entendimiento de sus soledades y de sus laberintos que me permitió ayudarles a ser lo que realmente son, y no es imponer, el amor no impone formas ni maneras, por el contrario, potencia e impulsa lo individual, no hay mejor forma de empatía que la de reconocer la particularidad y subjetividad de cada persona.

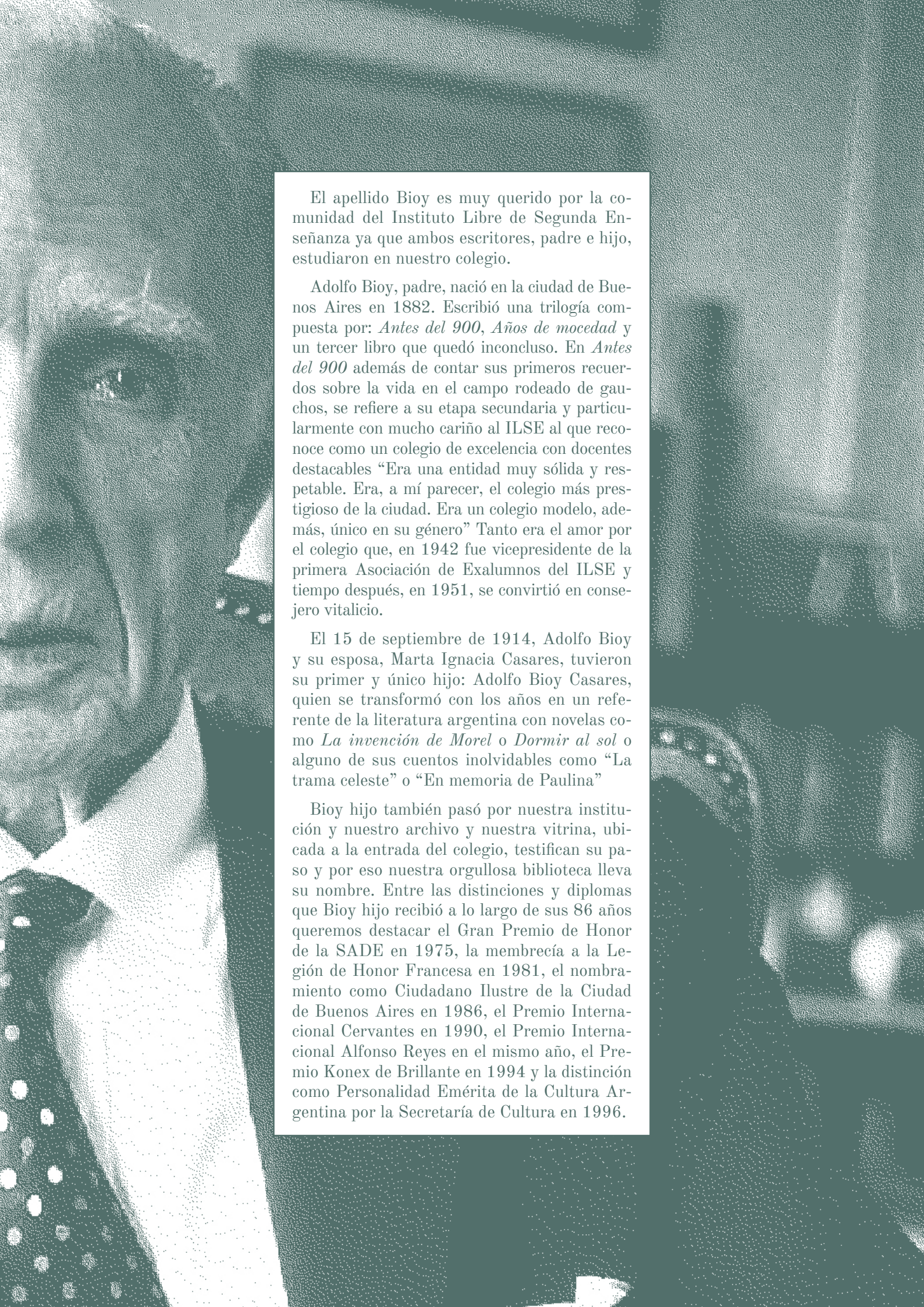
Sin embargo, hay un trasfondo en el laberinto que es muy importante, pero aun así está muy desvalorizado. ¿De dónde salen mariposas? ¿de dónde sacan sus colores? ¿existe algún lugar donde nos enseñen a volar? La respuesta es sí. Sin embargo, este lugar, durante la historia fue manipulado por seres malignos que observan desde arriba, llenas de odio y desdén, y, por mucho tiempo, más que un lugar para formar mariposas, funcionó como un lugar para sellar el capullo para siempre. Este lugar sagrado que se hizo tan poco popular tras la tergiversación externa se llama escuela. La escuela es el mejor lugar para colorear la vida de las personas con los colores del todo hermoso. Es

donde podemos potenciar a cada chico y chica para que reciban todas las herramientas para poder ser libres y poder sostener esa libertad. Es un lugar donde se debe puntualizar a todos, potenciar su subjetividad, educarlo para el amor e incluir a todos en su diversidad. Sobre todo, durante los últimos años se ha observado una especie de liberación del sistema educativo. La educación debe llegar y potenciar a todos y a todas, no solo a algunos, la libertad es de todos, el todo hermoso solo es todo y hermoso si incluye a todos. Las artes deben incluir a todos. Es este el ámbito donde los niños deben acceder a las grandes obras de la literatura universal. Estas obras que llevan sueños a dentro y pueden hacer volar a las mariposas más nobles de todas, la imaginación de los jóvenes.

Entonces esta existencia en un laberinto triste y tenebroso no es una limitación, el encierro no es un límite, puede ser una oportunidad, una oportunidad para ahondar como una mariposa en un cielo constituido por obras de arte inmensas, poesías, cuentos, novelas, canciones, y otras disciplinas que hacen volar mi conocimiento y mi imaginación, llevándome muy cerca de un paraíso, quizás mental, donde ahora encuentro nuevos sentidos por los cuales existir y el amor es cognoscible. Todos pueden alcanzar es-

ta bella sensación, la escuela es una oportunidad para hacerlo. Se nos abre una oportunidad de ser felices, la vida se nos abre, se la abramos a los demás, es parte del sentido de la existencia humana ayudar a los demás a encontrar sentido. Aprovechemos las oportunidades. Seamos, sintamos, vivamos.





El apellido Bioy es muy querido por la comunidad del Instituto Libre de Segunda Enseñanza ya que ambos escritores, padre e hijo, estudiaron en nuestro colegio.

Adolfo Bioy, padre, nació en la ciudad de Buenos Aires en 1882. Escribió una trilogía compuesta por: *Antes del 900*, *Años de mocedad* y un tercer libro que quedó inconcluso. En *Antes del 900* además de contar sus primeros recuerdos sobre la vida en el campo rodeado de gauchos, se refiere a su etapa secundaria y particularmente con mucho cariño al ILSE al que reconoce como un colegio de excelencia con docentes destacables “Era una entidad muy sólida y respetable. Era, a mí parecer, el colegio más prestigioso de la ciudad. Era un colegio modelo, además, único en su género” Tanto era el amor por el colegio que, en 1942 fue vicepresidente de la primera Asociación de Exalumnos del ILSE y tiempo después, en 1951, se convirtió en consejero vitalicio.

El 15 de septiembre de 1914, Adolfo Bioy y su esposa, Marta Ignacia Casares, tuvieron su primer y único hijo: Adolfo Bioy Casares, quien se transformó con los años en un referente de la literatura argentina con novelas como *La invención de Morel* o *Dormir al sol* o alguno de sus cuentos inolvidables como “La trama celeste” o “En memoria de Paulina”

Bioy hijo también pasó por nuestra institución y nuestro archivo y nuestra vitrina, ubicada a la entrada del colegio, testifican su paso y por eso nuestra orgullosa biblioteca lleva su nombre. Entre las distinciones y diplomas que Bioy hijo recibió a lo largo de sus 86 años queremos destacar el Gran Premio de Honor de la SADE en 1975, la membrecía a la Legión de Honor Francesa en 1981, el nombramiento como Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires en 1986, el Premio Internacional Cervantes en 1990, el Premio Internacional Alfonso Reyes en el mismo año, el Premio Konex de Brillante en 1994 y la distinción como Personalidad Emérita de la Cultura Argentina por la Secretaría de Cultura en 1996.

INSTITUTO LIBRE
DE
SEGUNDA ENSEÑANZA

1892

CONSAGRA LA VIDA A LA VERDAD



EDICIONES ILSE

ISBN 978-987-47033-1-6

